

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO**

POSGRADO EN FILOSOFÍA DE LA CIENCIA

**EL ESCEPTICISMO FILOSÓFICO Y LAS
ATRIBUCIONES ORDINARIAS DE CONOCIMIENTO**

TESIS

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
MAESTRA EN FILOSOFÍA DE LA CIENCIA**

PRESENTA:

NANCY ABIGAIL NUÑEZ HERNÁNDEZ

ASESOR: DR. MIGUEL ÁNGEL FERNÁNDEZ VARGAS

MÉXICO, D.F. 2011



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Muchas personas me ayudaron de diversas maneras a realizar este trabajo, les agradezco mucho su apoyo y espero me disculpen por no nombrarlas aquí. He decidido dedicar este espacio a expresar mi gratitud hacia la persona más importante y que más me ayudó para hacer esta tesis. Quiero agradecer al Dr. Miguel Ángel Fernández por haberme asesorado en la elaboración de esta tesis con mayor dedicación y paciencia de las que yo merecía. El trabajo de asesoría que realizó el Dr. Fernández es la causa de todos los aciertos y virtudes que pueda tener esta tesis. Haber trabajado en ella fue la experiencia más satisfactoria que he tenido en toda mi vida porque pude estudiar el tema del escepticismo bajo la guía de un gran investigador que conoce a profundidad la gran mayoría de los temas de epistemología y que es, sin duda alguna, la persona más brillante que he conocido.

Índice

•	Introducción.....	1
1.	Capítulo I: El problema del escepticismo filosófico y los tipos de respuesta que se han propuesto para solucionarlo.....	3
1.1	Tipos de respuesta al problema del escepticismo filosófico.....	5
1.2	Refutar al escéptico.....	7
1.3	Revelar las presuposiciones falaces que subyacen al razonamiento escéptico...10	
1.4	Explicar la paradoja de intuiciones que generan los argumentos escépticos.....14	
2.	Capítulo II: ¿El escéptico distorsiona la noción ordinaria de conocimiento?.....	17
2.1	Postura de Barry Stroud	18
2.2	Postura de Mark Kaplan.....	22
2.3	Problemas que enfrentan las posturas de M. Kaplan y de Stroud	24
3.	Capítulo III: Respuesta contextualista al problema del escepticismo filosófico.....	28
3.1	Sensibilidad contextual.....	28
3.2	Los deícticos como modelo semántico del verbo “saber”.....	34
3.3	Caracterización general del contextualismo epistemológico.....	42
3.4	¿Cómo logra el escéptico elevar los estándares epistémicos?.....	47
3.4.1	Explicación de DeRose.....	47
3.4.2	Explicación de Lewis.....	55
3.5	¿Se sostiene una acusación de respuesta <i>ad hoc</i> al escepticismo, en contra del contextualismo?.....	59
4.	Capítulo IV: Diferencia entre la respuesta contextualista al escepticismo filosófico y las propuestas de Stroud y M. Kaplan.....	63
4.1	Diferencias entre el contextualismo y la postura de M. Kaplan.....	63
4.2	Diferencias entre el contextualismo y la postura de Stroud.....	68
•	Conclusiones.....	71
•	Bibliografía.....	75

Introducción.

Uno de los retos más difíciles que enfrenta la filosofía es el de resolver el problema que constituyen los argumentos escépticos que tienen la siguiente forma:

1. S no sabe que no-H. (H es una hipótesis escéptica incompatible con el conocimiento de O)
2. Si S no sabe que no-H, entonces S no sabe que O. (O es cualquier proposición acerca del mundo externo y que ordinariamente es correcto afirmar que S la sabe)

Por lo tanto, S no sabe que O.¹

Muchos filósofos han pensado que dar una respuesta a este tipo de argumentos es la principal tarea de la epistemología y han dedicado grandes esfuerzos para llevar a cabo dicha labor. En *El escepticismo filosófico y su significación*² Barry Stroud revisa algunos de los más importantes intentos por resolver el problema del escepticismo y concluye que todos ellos son insatisfactorios, lo cual es una muestra de la importancia y necesidad de reflexionar en torno a este tema. La razón por la que estos argumentos constituyen un problema es que hay una fuerte inclinación a considerar que la conclusión es falsa, a pesar de que sea la consecuencia lógica de premisas que inicialmente son verosímiles. La renuencia a aceptar incondicionalmente la conclusión se debe a que entra en conflicto con una gran parte de las oraciones ordinarias de atribución de conocimiento que se consideran verdaderas. Ante este panorama cabe preguntar si el escéptico consigue establecer esa controversial conclusión debido a que distorsiona la noción ordinaria de conocimiento, tal como lo afirma Mark Kaplan, o si dicha acusación es completamente insostenible, como al parecer piensa Barry Stroud. Este trabajo pretende explorar las implicaciones de las posibles respuestas a esa pregunta para determinar si es posible resolver satisfactoriamente el problema de los argumentos escépticos contestando afirmativamente a aquella pregunta o si se necesita proponer un análisis semántico del verbo “saber” más complejo para dirimir la cuestión.

Cabe mencionar que una consecuencia de reconstruir el problema del escepticismo filosófico en términos de aquel argumento escéptico es que para resolverlo

¹ De ahora en adelante se empleará la expresión “argumento escéptico” para hacer referencia específicamente a esta forma de argumento.

² Stroud, B. (1991). *El escepticismo filosófico y su significación*, México: FCE

será necesario hacer frente a dos retos: por un lado, explicar la paradoja que se produce entre las intuiciones a favor de las premisas y en contra de la conclusión y, por el otro, defender la idea de que las prácticas ordinarias de atribución de conocimiento son correctas. En el primer capítulo de este trabajo se estudiarán tres diferentes tipos de respuesta al escepticismo para poner de manifiesto que no todas las respuestas que se han dado al problema logran cumplir con esos dos objetivos.

En el segundo capítulo se abordarán las respuestas de M. Kaplan y Stroud a la pregunta sobre si el escéptico distorsiona el significado del verbo “saber”, haciendo énfasis en las ventajas y deficiencias con que hacen frente a los dos retos que debe cumplir una respuesta satisfactoria al problema de los argumentos escépticos.

En el tercer capítulo se estudiará una propuesta que logra resolver satisfactoriamente el problema de los argumentos escépticos al cumplir con los dos objetivos que debe alcanzar una solución satisfactoria al problema, lo que la coloca por encima de las posturas de M. Kaplan y Stroud; dicha propuesta es el contextualismo epistemológico. El estudio de esta teoría se llevará cabo a partir de las principales ideas de dos de las figuras más representativas del contextualismo epistemológico: Keith DeRose y David Lewis. Sin embargo, por simplicidad, a la hora de identificar las ventajas de la respuesta contextualista sobre la respuesta de Stroud y la de M. Kaplan, nos concentraremos en la propuesta de DeRose.

Capítulo I. El problema del escepticismo filosófico y los tipos de respuesta que se han propuesto para solucionarlo.

En la vida cotidiana nadie duda que sea posible saber una inmensa cantidad de cosas sobre el mundo que nos rodea y toda la gente asume que de hecho sabe muchas cosas al respecto. No obstante, el razonamiento escéptico que presenta Descartes en sus *Meditaciones metafísicas*³ parece mostrar lo contrario, i.e., que es imposible saber cualquier cosa sobre el mundo externo. El esquema de argumento expuesto en la primer página de este trabajo está basado en el razonamiento que sigue Descartes para llegar a esa problemática conclusión.

Como se puede observar en el esquema de argumento presentado al inicio de este trabajo, el argumento escéptico es un argumento deductivo de la forma *Modus ponens*. Una de las características distintivas de los argumentos deductivos es que si las premisas son verdaderas entonces la conclusión necesariamente es verdadera también, es decir, es imposible que la conclusión sea falsa si las premisas son verdaderas. Los argumentos escépticos son problemáticos debido a que, a pesar de ser deductivos, involucran premisas que inicialmente parecen ser verdaderas pero arrojan una conclusión que parece ser falsa.

En un principio no hay razones para dudar que la primer premisa sea verdadera si en ella se emplea una hipótesis escéptica que conlleve la imposibilidad de que los sujetos conozcan el mundo externo, a pesar de que el escenario planteado por la hipótesis implique que ellos creerían que sí pueden hacerlo. Esto es lo que suscitan hipótesis escépticas como la del sueño o la de los cerebros en cubetas. La primera de estas hipótesis plantea la posibilidad de que el sujeto esté soñando y, puesto que los sueños suelen ser tan vívidos que el sujeto puede llegar a creer que está despierto cuando en realidad está soñando, éste sería incapaz de saber si está soñando o está despierto. La segunda hipótesis plantea la posibilidad de que el sujeto sea un cerebro en una cubeta estimulado electro-químicamente para que experimente las mismas sensaciones que experimentaría si no fuese cerebro en cubeta, así que sus propias

³ Descartes, R. (1990) *Discourse on method and meditations*, Buffalo: Prometheus, pp. 76-79

percepciones sensoriales no le permitirían saber si es un cerebro en cubeta. De modo que si los sujetos estuviesen soñando o fuesen cerebros en cubetas, el mundo y los hechos en él no les parecerían ser diferentes de como les parecerían ser si no estuviese soñando ni fuesen cerebros en cubetas. En otras palabras, si ocurriese lo que plantean esas hipótesis escépticas, a los sujetos les parecería tener el mismo tipo de evidencia perceptual que tendrían si eso no ocurriese; de manera que los sujetos no disponen de evidencia que les permita decidir si están o no en la situación que plantea la hipótesis.

Por otro lado, a simple vista tampoco parece haber motivos para dudar de la segunda premisa pues si la hipótesis escéptica empleada tiene las características que se han mencionado, parece que efectivamente no es posible saber algo sobre el mundo externo a menos que se sepa que no ocurre lo que plantea la hipótesis. Además, la plausibilidad de la segunda premisa del argumento se debe también a que es una ejemplificación del Principio de Clausura, el cual posee un fuerte apoyo intuitivo. La forma más común de enunciar el Principio de Clausura (PC) es “Si S sabe que P y sabe que P implica Q, entonces S está en posición de saber que Q”.⁴ La segunda premisa del argumento escéptico constituye una ejemplificación de este principio porque es lógicamente equivalente a “Si S sabe que O, entonces S sabe que no-H”, que es una consecuencia lógica de PC en conjunción con la suposición de que O implica no-H. Para ilustrarlo, supóngase que O es la proposición “S tiene manos” y H es la hipótesis escéptica de cerebros en cubetas. Es un hecho que 1) Si S tiene manos entonces no es un cerebro en una cubeta (porque los cerebros no tienen manos). Y de acuerdo con PC: 2) Si S sabe que tiene manos y sabe que tener manos implica no ser cerebro en cubeta, entonces S sabe que no es cerebro en cubeta. A partir de 1) y 2) se infiere que “Si S sabe que tienen manos, entonces S sabe que no es cerebro en cubeta”, que por la ley de contraposición es lógicamente equivalente a la segunda premisa del argumento escéptico.

Así que todo parece indicar que las premisas del argumento son verdaderas, pero al mismo tiempo la conclusión parece ser falsa cuando se compara con la abrumadora evidencia que ofrece la percepción, aunada al hecho de que en la vida cotidiana la gente

⁴ Este principio sólo ha sido puesto en duda después reflexionar sobre problemas filosóficos como el del argumento escéptico, por ello se sugiere que intuitivamente parece correcto o que a simple vista no parece cuestionable. Fred es uno de los filósofos que han cuestionado el Principio de Clausura. Cfr. Dretske, F. (2005) “Is Knowledge Closed Under Known Entailment?” en Steup M. y Sosa, E., eds. (2005) *Contemporary Debates in Epistemology*, Malden MA: Blackwell.

asume que sí sabe toda clase de cosas respecto al mundo externo y no tiene motivos para creer que tal conocimiento sea imposible. De manera que se genera un problemático choque entre intuiciones a favor de las premisas y las intuiciones en contra de la conclusión de un mismo argumento deductivamente válido. Si el argumento es deductivamente válido no es posible que las premisas sean verdaderas pero la conclusión sea falsa, por lo que una buena hipótesis para explicar este conflicto de intuiciones parecería ser que el argumento involucra una distorsión de la noción ordinaria de conocimiento, lo que permite al escéptico concluir algo que en la vida cotidiana sería inaceptable. Este trabajo tiene el propósito de explorar los alcances y limitaciones de dicha hipótesis, y compararlos con otros tipos de respuesta al escepticismo.

1.1 Tipos de respuesta al problema del escepticismo filosófico.⁵

A lo largo de la historia de la filosofía se han desarrollado diversos intentos por resolver el problema del escepticismo y si bien todos parecen perseguir la misma finalidad – demostrar que el escepticismo es falso- se diferencian por la estrategia que emplean y por el diagnóstico que ofrecen de cuál es la raíz del problema. En ese sentido se pueden clasificar los diversos tipos de respuesta en tres tipos:

- 1) Refutar al escéptico. Este tipo de respuesta busca demostrar que la conclusión del escéptico es falsa y que sí es posible el conocimiento.
- 2) Revelar las presuposiciones falaces que subyacen al razonamiento escéptico. El objetivo de este tipo de respuesta es poner al descubierto que el razonamiento escéptico se basa en supuestos teóricos o premisas falsas, por lo que su conclusión es inaceptable.
- 3) Explicar la paradoja de intuiciones que generan los argumentos escépticos. Este tipo de respuesta pretende dilucidar cómo es que a partir de unas premisas que parecen ser verdaderas, se infiere deductivamente una conclusión que parece ser falsa porque contradice las prácticas ordinarias de atribución de conocimiento.

⁵ Como lo indica el título, a continuación se expondrá una clasificación de los distintos tipos de respuesta que se han propuesto para solucionar el problema del escepticismo.

Esta clasificación no pretende ser exhaustiva ni ofrecer distinciones nítidas o excluyentes entre un tipo de respuesta y otra, su propósito es más bien el de ilustrar las diferencias que distinguen unas estrategias de otras. Así pues, parece claro por qué la primera y la segunda estrategia son respuestas o soluciones al problema que constituyen los argumentos escépticos, pero en el tercer caso no es obvio cómo es que llevar a cabo dicha tarea podría solucionar el problema. Por un lado, demostrar que -contrario a lo que concluye el escéptico- sí hay conocimiento, evidentemente es una manera de dar respuesta al problema del escepticismo, así que la estrategia 1) es una opción viable para solucionar la cuestión. Por otro lado, poner en práctica la opción 2) también podría resolver el problema, pues si se demuestra que el escéptico presupone algo falso o incorrecto, ya no hay razón para aceptar su conclusión.

Pero llevar a término alguna de estas dos labores -o incluso ambas- no es suficiente disipar todas las incertidumbres que suscitan los argumentos escépticos, pues aunque se logre demostrar que la conclusión del escéptico es falsa o que depende de supuestos cuestionables, hace falta explicar por qué unas premisas que parecen ser verdaderas arrojan una conclusión que parece ser falsa. Por tal motivo, llevar a cabo la estrategia 3) y explicar cómo el escéptico logra concluir algo tan paradójico sí es una manera de resolver el problema que generan los argumentos escépticos. Para comprender cómo es que cada una de las estrategias anteriores busca responder al escéptico, a continuación se expondrá someramente un ejemplo de cada una.⁶

⁶ Esta clasificación de los tipos de respuesta al escepticismo es similar a la de Michael Williams (1995) *Unnatural Doubts: epistemological realism and the basis of skepticism*, Princeton: Princeton University Press. Williams distingue entre una “propuesta constructiva” de resolución del problema y otra “diagnóstica”. La aproximación constructiva se asemeja a lo que aquí se ha caracterizado como una refutación al escéptico. La propuesta de diagnóstico corresponde al segundo tipo de respuesta, pues se basa en la idea de que el razonamiento escéptico es incorrecto porque distorsiona la noción ordinaria de conocimiento o porque involucra presuposiciones teóricas inaceptables; el primero de estos disyuntos constituye lo que Williams denomina “diagnóstico terapéutico”, mientras que el segundo es el “diagnóstico teórico”, que es el tipo de respuesta que proponen Fred Dretske y el propio Williams, quienes se diferencian en que este último no está dispuesto a negar la Clausura Epistémica mientras el primero sí lo hace. Tanto Dretske como Williams diagnostican que la conclusión del argumento escéptico es inaceptable porque depende de presuposiciones teóricas falsas. La diferencia radica en que para Dretske el supuesto teórico falso es PC, pero para Williams el Realismo Epistémico es el supuesto teórico falso, no PC. Cfr. Dretske (2005) y Williams (1995).

La principal diferencia entre la clasificación de los tipos de respuestas al escepticismo que se expone en este trabajo y la que hace Williams radica en que la taxonomía que presenta Williams no incluye el tercer tipo de respuesta presentado aquí, que básicamente busca dar cuenta del conflicto de intuiciones que generan los argumentos escépticos al hacer uso de premisas que parecen ser verdaderas para inferir una conclusión que parece ser falsa. Este es un tipo de respuesta al escepticismo que no se reduce a lo que Williams denomina diagnóstico teórico. Esto se podrá colegir de la explicación que se ofrecerá de la diferencia entre la estrategia 3) para dar cuenta de la paradoja de intuiciones que genera el

1.2 Refutar al escéptico.

Probablemente uno de los más grandes esfuerzos por demostrar que sí es posible conocer el mundo externo y que la conclusión del escéptico es falsa, es el que llevó a cabo Immanuel Kant.⁷ Este filósofo denomina “idealismo problemático de Descartes”⁸ al tipo de escepticismo que niega la posibilidad de conocer el mundo externo. De acuerdo con esta postura idealista, no es posible saber si existen o no los objetos del mundo externo porque no se puede demostrar que no ocurre el escenario que plantea cierta hipótesis, el cual si ocurriese implicaría que no hay objetos físicos, por ejemplo, la hipótesis de que existe un genio maligno que nos hace creer que existe el mundo externo aunque en realidad no exista. Dado que no es posible saber que no ocurre lo que plantea esa hipótesis, el conocimiento de los objetos del mundo externo se vuelve problemático porque ni siquiera es posible saber si éstos existen o no. Por ello Kant lo denomina “idealismo problemático”, pues implica que la existencia de los objetos en el espacio es problemática para los sujetos, es decir, es dudosa o no hay suficiente justificación para afirmar que es posible conocerla.⁹

Este escepticismo se genera al asumir que el mundo externo es incognoscible porque, a diferencia de otras cosas que podemos conocer directa o inmediatamente (como los propios estados mentales), existe independientemente de nosotros.¹⁰ En la

argumento y una respuesta del tipo 2) como la de Dretske, que es un ejemplo de diagnóstico teórico (al igual que la respuesta del propio Williams).

⁷ Que este haya sido el principal objetivo de la filosofía kantiana es una cuestión que aun hoy día se debate entre los especialistas. En este ensayo no se discutirá dicha cuestión, así como tampoco se pretende exponer detalladamente la estrategia para combatir el escepticismo cartesiano que Kant expone en el “Cuarto paralogismo de la razón pura”; en este lugar únicamente se esbozará brevemente dicha estrategia debido a que es sumamente compleja. Por razones de la misma índole es necesario mencionar que a continuación se expondrá una interpretación de Kant sin la pretensión de que sea “la interpretación correcta”, simplemente se menciona para ilustrar una de las estrategias que se han llevado a cabo para resolver el problema del escepticismo. Este tema ha suscitado una gran cantidad de debates entre los especialistas en el tema y este trabajo no busca ni pretende ofrecer la mejor interpretación de la respuesta kantiana al escepticismo, pues se reconoce que el tema es suficientemente complejo para ser abordado en otro trabajo de tesis.

⁸ Kant, E., (1984) *Crítica de la razón pura*, Madrid: Alfaguara, B274

⁹ Cfr. Kant, *CRP* B274 y A377

¹⁰ ¡Pero nuestro cuerpo también es parte del mundo externo! ¿Cómo es posible que exista con independencia de nosotros? Como se puede observar, este presupuesto del escéptico cartesiano implica la

primera edición del “Cuarto Paralogismo” Kant expone el camino que sigue dicho razonamiento escéptico, el cual parte de la afirmación de que aquello que sólo puede ser inferido como una causa de percepciones dadas, tiene una existencia meramente dudosa. Dado que todas las apariencias externas tienen tal naturaleza que su existencia no es inmediatamente percibida y sólo es posible inferirlas como la causa de percepciones dadas, la existencia de todos los objetos del sentido externo es dudosa.¹¹

El escéptico que razona de este modo supone que el conocimiento de los objetos del mundo externo es indirecto porque la existencia de dichos objetos se infiere como causa de las percepciones o representaciones que nos hacemos de ellos:

Si consideramos las apariencias externas como representaciones producidas en nosotros por sus objetos, y esos objetos son las cosas que existen por sí mismas fuera de nosotros, es de hecho imposible ver cómo podemos llegar a saber de la existencia de objetos de otra manera que no sea por inferencia de los efectos a partir de las causas; y siendo así, siempre será dudoso si la causa... está en nosotros o fuera de nosotros¹²

Es decir, si únicamente se tiene noticia de los objetos externos inferencialmente, entonces siempre cabe la posibilidad de que la causa de su percepción no sea exterior (como lo sería si la percepción de objetos externos fuese causada por la existencia real de dichos objetos) sino que sólo sea interior, por lo que las percepciones exteriores podrían ser un mero “juego de nuestro sentido interno”,¹³ es decir, una ilusión o una fantasía. Asimismo, en la “Refutación del idealismo” Kant explica que si sólo se acepta como conocimiento directo e inmediato el conocimiento de los propios estados internos y se asume que el conocimiento de los objetos del mundo externo es inferencial o indirecto, la consecuencia será el escepticismo porque si

problemática separación de la mente y el cuerpo, cuestión que no será abordada en este trabajo pero ha sido mencionada para intentar esclarecer qué significa que la existencia del mundo externo sea independiente de nosotros. En el *Discurso del Método* Descartes expone la argumentación a favor de la separación entre mente y cuerpo: “... examinando atentamente aquello que yo era, vi que podía concebir que podría no tener cuerpo, sin embargo, no me era posible en absoluto concebir que no era... A partir de eso supe que yo era una substancia cuya esencia o naturaleza es pensar y cuya existencia no necesita de ningún lugar, ni depende de ninguna cosa material; así que... el alma... es enteramente distinta del cuerpo...” Haldane, E. S. y Ross, G. R. T., eds., (1931) *The philosophical works of Descartes*, Vol. 1, Cambridge: Cambridge University, p. 101

¹¹ Cfr. Kant, *CRP* A366-67

¹² Kant, *CRP* A372

¹³ Cfr. Kant, *CRP* A370 “La relación de la percepción con su causa no puede determinar si el objeto es interior o exterior, es decir, si las así llamadas percepciones exteriores no son sino un simple juego de nuestro sentido interno o si, por el contrario, descansan sobre una relación con objetos exteriores reales como en su causa.”

La única experiencia inmediata es la interna, y por tanto, las cosas exteriores son sólo inferidas... [entonces] la causa de las representaciones [de los objetos externos] puede estar también en nosotros mismos, quienes acaso falsamente las atribuimos a cosas exteriores.¹⁴

De acuerdo con lo anterior, el escepticismo respecto al mundo externo es una consecuencia de concebir el conocimiento de los objetos externos como un conocimiento inferencial o indirecto, ya que no hay nada que garantice que las percepciones sensoriales se infieren de objetos externos y no de ficciones o meras alucinaciones. Si no hay manera de demostrar que las representaciones que tenemos de los objetos externos no son meras ficciones, entonces tales representaciones no constituyen conocimiento. En otras palabras, si “aquello cuya existencia ha de ser la causa de una percepción dada, goza sólo de una existencia dudosa”¹⁵, entonces no puede ser conocido con certeza.

Esta consecuencia escéptica se evita si en lugar de suponer que los objetos del mundo externo se conocen indirectamente, se admite que la realidad de los objetos del mundo externo no es inferida sino que es inmediatamente percibida. Kant explica cómo es posible esto último:

los objetos exteriores, los cuerpos, son meros fenómenos, y en consecuencia, son sólo un modo de ser de mis representaciones, de manera que sólo por estas representaciones los objetos exteriores son algo y separados de ellas no son nada. Existen, por tanto, cosas exteriores en tanto que yo existo, y ambas (cosas y yo) en el inmediato testimonio de la autoconciencia, con la sola diferencia de que la representación de mí mismo como sujeto pensante se relaciona con el sentido interno, mientras que la representación referida a seres extensos se refiere al sentido externo.¹⁶

Con ello Kant pretende demostrar que la existencia de los objetos del mundo externo no es independiente de nosotros, tal como lo supone el escéptico cartesiano. De acuerdo con Kant, todas nuestras representaciones son representaciones en el tiempo y aquellas que sólo son representadas en el tiempo, constituyen los objetos del sentido interno (por ejemplo, estados mentales y sensaciones). Las representaciones que también son representadas en el espacio constituyen los objetos del sentido externo o apariencias externas y son las representaciones de los objetos físicos que conforman el mundo

¹⁴ Kant, *CRP* B276

¹⁵ Kant, *CRP* A366

¹⁶ Kant, *CRP* A370-71

externo, de manera que la experiencia que tenemos de los objetos del mundo externo no es indirecta.¹⁷

La respuesta de Kant al problema del escepticismo implica una manera específica de concebir el problema, lo cual se puede apreciar en la forma en que este filósofo lo expone en el “Cuarto Paralogismo”, que exhibe una comprensión del problema diferente de la que se desprende del argumento escéptico que se presentó al inicio de este trabajo. Para Kant el escepticismo respecto al conocimiento del mundo externo es el resultado de suponer que la existencia de los objetos externos no puede ser conocida directamente en la percepción, sino que sólo puede ser inferida como la causa de las percepciones sensoriales. Esta manera de entender el origen del problema determina los objetivos que persigue la respuesta kantiana al escepticismo.¹⁸

1.3 Revelar las presuposiciones falaces que subyacen al razonamiento escéptico.

Una de las respuestas al escepticismo que sí implica la comprensión del problema en términos del argumento escéptico expuesto al inicio de este trabajo, consiste en mostrar que el argumento no se sostiene porque sus presuposiciones son incorrectas o una de sus premisas es falsa. Fred Dretske opta por esta solución del problema del escepticismo y rechaza la segunda premisa del argumento, debido a que es una ejemplificación del Principio de Clausura, el cual considera que es falso.

Aunque el Principio de Clausura ha sido formulado de diversas maneras, una de las formas más comunes de expresarlo es “Si S sabe que P y sabe que P implica Q, entonces S está en posición de saber que Q”. *Grosso modo*, la idea principal que

¹⁷ Cabe mencionar que, de acuerdo con Kant, además de estas representaciones, existen las cosas en sí mismas (denominadas “noumenos” en la terminología kantiana) y también son externas a nosotros, pero no es posible tener experiencia de ellas.

¹⁸ Cabe mencionar que de acuerdo con Williams la respuesta de Kant al escepticismo filosófico es un ejemplo de lo que él denomina “propuesta constructiva” (aquella que intenta refutar al escéptico mostrando que sí es posible el conocimiento), que es insatisfactoria porque no es intuitivamente objetiva, es decir, no hace justicia a la idea de que el mundo es como es independientemente de la manera en que sea percibido y, de acuerdo con Williams, no es claro por qué no es una forma de escepticismo afirmar que sólo es posible conocer las “apariencias” de los objetos mas no los objetos mismos como son en sí realmente. Cfr. Williams (2005) p. 20 y Stroud, B. (1991) *El escepticismo filosófico y su significación*, México: FCE, pp. 128-170

subyace a todas las formulaciones de este principio es la de que se puede aumentar el conocimiento al inferir las consecuencias lógicas de lo que ya se sabe, de manera que si un sujeto sabe que P y sabe que P implica Q, entonces también puede saber que Q (o por lo menos, está en una posición epistémica adecuada para saber que Q).

Como ya se ha explicado, la segunda premisa del argumento escéptico es una ejemplificación del Principio de Clausura, lo cual se puede apreciar tomando como ejemplo de dicha premisa “Si S no sabe que no es un cerebro en una cubeta, entonces no sabe que tiene manos”. De acuerdo con el Principio de Clausura, si un sujeto sabe que tiene dos manos y también sabe que tener dos manos implica no ser un cerebro en una cubeta, entonces el sujeto sabe que no es un cerebro en una cubeta. El problema es que no parece haber ninguna forma de saber que uno no es un cerebro en una cubeta, porque si un sujeto fuese un cerebro en una cubeta estimulado electroquímicamente, ese sujeto experimentaría las mismas sensaciones que experimentaría si no fuese cerebro en cubeta; así que no habría nada en la experiencia sensorial que permitiese al sujeto saber que no es un cerebro en una cubeta. Esto es aprovechado por el escéptico para afirmar que el sujeto no sabe que no es un cerebro en una cubeta y luego formular la segunda premisa de su argumento: “Si el sujeto no sabe que no es cerebro en cubeta, entonces no sabe que tiene manos”, lo cual por la Ley de Contraposición es lógicamente equivalente “Si el sujeto sabe que tiene manos, entonces sabe que no es cerebro en cubeta”, que claramente es una ejemplificación del Principio de Clausura. De esas premisas se sigue, por Modus Ponens, que el sujeto no sabe que tiene manos.

Ante este problema la propuesta de Dretske es negar la Clausura Epistémica, de manera que la segunda premisa del argumento escéptico sea falsa y su conclusión se vea bloqueada al ya no ser la consecuencia lógica que se deduce de dos premisas verdaderas. El rechazo de Dretske del Principio de Clausura no puede considerarse como una estrategia *ad hoc* para resolver el problema del escepticismo, ya que dicho rechazo se apoya en una concepción del conocimiento que tiene como consecuencia que tal principio sea falso. Para este filósofo tener “razones concluyentes” para creer algo es una condición necesaria para saberlo. Se considera que R es una razón concluyente para creer que P en caso de que, si P fuese falsa, R también lo sería.

Por ejemplo, el condicional “No me parecería que hay galletas en el frasco si no hubiera galletas en el frasco”, es verdadero porque ver el frasco lleno de galletas es una

razón concluyente para saber que contiene galletas.¹⁹ En ese sentido, si para saber que P es necesario tener razones concluyentes, entonces el sujeto no siempre está en posición de saber las consecuencias lógicas de P, debido a que puede tener razones concluyentes para saber que P sin por ello tener razones concluyentes para saber las consecuencias lógicas de P. Así pues, la evidencia que se obtiene al ver el frasco con galletas es una razón concluyente para saber que el frasco contiene galletas, pero no es evidencia de que las galletas no son galletas falsas de plástico -pues la sola percepción visual no permitiría distinguir si son o no de plástico- y por ende no puede ser una razón concluyente para saber que las galletas no son de plástico, a pesar de que saber que hay galletas en el frasco implica que éstas no son de plástico (porque si fuesen de plástico no serían galletas sino utilería o juguetes, que en sentido estricto no son galletas).²⁰ Esto va en contra del Principio de Clausura pues, de acuerdo con éste, si el sujeto sabe que hay galletas en el frasco y sabe que si hay galletas en el frasco ello implica que éstas no son de plástico, entonces el sujeto sabe también que las galletas no son de plástico; pero según Dretske, el sujeto no puede saber que las galletas no son plástico a pesar de que sepa que hay galletas en el frasco. En otras palabras, a pesar de que el sujeto sabe que P (hay galletas en el frasco) y sabe que P implica Q (las galletas no son falsas), no sabe que Q, es decir, no se da la Clausura Epistémica. Según Dretske el sujeto sabe que P debido a que tiene cierta evidencia o razones concluyentes R (ver galletas en el frasco) para creer que P, pero R no es suficiente para saber que Q, así que el sujeto no sabe que Q aunque sabe que P y que P implica Q. Para saber que Q necesitaría tener otras razones concluyente R', pues las que ya tiene para saber que P no le permiten saber que Q.

El ejemplo anterior pretende demostrar que hay contraejemplos para el Principio de Clausura. Pero además, Dretske señala que “Ninguna evidencia se transmite a *todas* las implicaciones de aquello de lo cual es evidencia”²¹ y como consecuencia, no se da la Clausura Epistémica. Por ejemplo, sabemos que tener manos implica no ser un cerebro en una cubeta. Ahora bien, tenemos evidencia perceptual de que tenemos manos y esa evidencia es una razón concluyente para saber que tenemos manos, pero esa misma

¹⁹ Dretske (2005) p.19

²⁰ Esto se debe también a que según algunas razones para creer que P no se transmiten a todas las cosas (Q) que sabemos que P implica. Puedo ver que hay galletas en el frasco sin por ello ser capaz de ver que no son falsas o que hay objetos independientes de la mente. Así que ver que P no significa que también pueda ver que Q sólo porque sé que P implica Q. Cfr. Dretske (2005) p. 14

²¹ Dretske (2005) p. 20

evidencia no sirve como evidencia para saber que no somos cerebros en cubetas.²² Luego, no tenemos razones concluyentes para creer que no somos cerebros en cubetas y por lo tanto, no sabemos que no lo somos, así que falla la Clausura Epistémica. Por ello Dretske considera que, debido a que “hay algunas implicaciones de lo que sabemos que no es necesario que las sepamos también para que sepamos que son verdaderas las cosas que las implican”²³, el Principio de Clausura es falso. Dado que el Principio de Clausura es falso, también lo es la segunda premisa del argumento escéptico y, por ende, la conclusión no se sigue.

Como se puede observar a través de la solución que propone, Dretske no entiende el problema del escepticismo filosófico de la misma manera que Kant. Éste último expone su reconstrucción del problema en el “Cuarto Paralogismo”, la cual es diferente de la que hace Dretske, quien lo entiende en términos de lo que aquí se ha denominado “Argumento Escéptico”. Esta comprensión del problema da lugar a que la solución propuesta por Dretske se dirija a mostrar que el argumento no es válido, evidenciando la falsedad de alguna de sus premisas. Según este filósofo, la segunda premisa del argumento escéptico es falsa debido a que es una instancia de un principio epistémico falso, el Principio de Clausura, de modo que la conclusión no es verdadera porque no se sigue únicamente de premisas verdaderas. Así pues, según Dretske, la conclusión del escéptico sólo se sigue de las premisas presuponiendo la Clausura Epistémica, por lo que es falsa y no demuestra que las atribuciones de conocimiento ordinarias sean falsas ni mucho menos.

A diferencia de Kant, Dretske no intenta demostrar que hay conocimiento de los objetos del mundo externo o explicar cómo es posible este conocimiento, pues asume que ese conocimiento es un hecho y se basa en él para argumentar en contra del Principio de Clausura. En cambio Kant sí se preocupa por esas cuestiones porque considera que el razonamiento escéptico se genera a partir de concepciones epistemológicas y ontológicas que son incorrectas. De acuerdo con este filósofo, los errores en el razonamiento escéptico surgen debido a que el escéptico concibe el conocimiento de los objetos externos como un conocimiento inferencial e indirecto,

²² Porque si lo fuéramos, estaríamos siendo electroquímicamente estimulados para tener sensaciones indistinguibles de las que tendríamos si no fuésemos cerebros en cubeta, así que no habría nada en nuestra percepción que indicase si somos o no cerebros en cubetas.

²³ Dretske (2005) p. 23

además de suponer una escisión ontológica entre los sujetos cognoscentes y el mundo externo. Siendo éstas las fuentes del escepticismo, Kant cree que una parte importante de la solución del problema consiste en refutarlas. En contraste, la respuesta que ofrece Dretske no contempla la necesidad de demostrar la existencia del mundo externo o que el escéptico se equivoca al asumir que no es posible demostrar la existencia del mundo externo.

1.4 Explicar la paradoja de intuiciones que generan los argumentos escépticos.

Se ha revisado brevemente un ejemplo de dos diferentes tipos de respuesta al problema del escepticismo filosófico, cada una implica una comprensión diferente del problema y de lo que se requiere para solucionarlo. El primer tipo de respuesta es un ataque frontal al escepticismo que consiste en demostrar que, contrario a lo que afirma el escéptico, es posible conocer el mundo externo. Optar por este tipo de respuesta implica considerar seriamente que el escéptico realmente ha logrado poner en entredicho el conocimiento, por lo que es necesario refutarlo; es decir, este tipo de respuesta implica reconocer que el escepticismo filosófico es un problema real. El filósofo que intenta resolver el problema del escepticismo de esta manera asume que la conclusión del escéptico es falsa y para demostrarlo debe proponer una teoría del conocimiento que explique cómo es posible conocer el mundo externo. Como se pudo observar, Emanuel Kant ofrece este tipo de respuesta al escepticismo filosófico.

En contraste, el segundo tipo de respuesta no pretende probar que sí hay conocimiento, sino evidenciar que la conclusión del escéptico descansa en un razonamiento defectuoso debido a que emplea premisas falsas o se basa en presuposiciones teóricas sumamente cuestionables o inaceptables. Uno de los filósofos que ofrece este tipo de respuesta es Fred Dretske.

Sin negar el mérito o el avance que logran ambos tipos de respuesta en la resolución del problema, cabe preguntar si son capaces de resolver todas las dudas que se generan en torno a los argumentos escépticos o si sería necesario al menos otro tipo de respuesta que pueda aclarar las interrogantes que no están contempladas en los dos tipos de respuesta anteriores. La respuesta frontal busca demostrar que la conclusión del escéptico es falsa, pero no parece preocuparse por explicar por qué llega a parecer correcta o de dónde proviene la fuerza persuasiva del razonamiento escéptico, mientras que la otra respuesta se concentra en mostrar que el argumento escéptico depende de premisas falsas, pero no explica por qué a pesar de ello las premisas son intuitivamente plausibles. Así que hace falta otro tipo de respuesta que se dirija a dar cuenta de la estrategia que emplea el escéptico para plantear unas premisas que parecen ser verdaderas e inferir a partir de ellas una conclusión sumamente paradójica que, no obstante, parece ser irrefutable. Este tipo de respuesta implicaría concebir el problema en términos de lo que se ha denominado “Argumento Escéptico” y específicamente, en términos del conflicto entre las intuiciones a favor de sus premisas y las intuiciones en contra de su conclusión.

Por lo tanto, otra manera filosóficamente relevante de intentar resolver el problema del escepticismo filosófico es explicar por qué la conclusión de los argumentos escépticos es tan problemática si se infiere deductivamente de premisas que se consideran verdaderas. En ese sentido, para solucionar el problema del escepticismo no sólo es necesario refutar la conclusión o debilitarla mostrando que depende de premisas o presuposiciones falsas, sino que hace falta responder cómo es que un argumento deductivamente válido, cuyas premisas son sumamente persuasivas, arroja una conclusión que nadie estaría dispuesto a aceptar incondicionalmente. Así pues, la labor de resolver el problema que constituyen los argumentos escépticos también se puede entender en términos de un intento por explicar el conflicto entre las intuiciones a favor de la verdad de sus premisas y las intuiciones en contra de la conclusión, la cual a pesar de inferirse deductivamente de esas premisas verdaderas, parece ser falsa. Es decir, hace falta explicar la paradoja de intuiciones que genera el argumento y dar cuenta de la estrategia que emplea el escéptico para que su argumento represente un problema cuya implicación más grave es la pretensión de revelar que en realidad en la

vida cotidiana sistemáticamente se comete el error de adscribir conocimiento cuando no lo hay.

Un ejemplo de este tipo de respuesta al problema del escepticismo es el contextualismo epistemológico, que no busca demostrar que la conclusión del argumento escéptico es falsa, ni tampoco que lo sea alguna de sus premisas, sino que intenta explicar por qué dicho argumento concluye algo que parece ser falso a partir de unas premisas que parecen ser verdaderas. En otra sección de este trabajo se hablará en extenso de la estrategia que emplea el contextualista para resolver el problema del escepticismo, la cual a grandes rasgos consiste en evidenciar la sensibilidad contextual de las atribuciones de conocimiento para hacer ver que algunas de ellas pueden ser verdaderas bajo determinados estándares epistémicos pero no serlo con respecto a otros. Por ello en el contexto de su argumento el escéptico logra concluir algo tan inverosímil y que parece imposible de refutar; pero en el contexto de la vida ordinaria esa misma conclusión es inaceptable.

En suma, ante los argumentos escépticos es necesaria una respuesta como la contextualista debido a que da cuenta de aspectos del problema que no son explicados en respuestas como las que Williams denomina “propuesta constructiva”, que se enfoca en refutar la conclusión del escéptico, ni por el “diagnóstico teórico”, que consiste en revelar las presuposiciones teóricas que conducen a la conclusión del escéptico. Una respuesta como la contextualista va más allá de acusar al escéptico de distorsionar el significado de los términos epistémicos, por lo que también supera al “diagnóstico terapéutico”, el cual no constituye una respuesta satisfactoria al escepticismo porque supone que el escéptico comete algún tipo de incoherencia conceptual o semántica que hace ininteligible su argumento. Pero todo indica que los argumentos escépticos sí son comprensibles, así que no es posible que el escéptico esté modificando el significado ordinario de los términos epistémicos.²⁴ A continuación se estudiará un ejemplo de este

²⁴ En contraste, el diagnóstico teórico no acusa al escéptico de incoherencia, sino de recurrir a presuposiciones teóricas inadmisibles, tales como el “Realismo Epistemológico” estudiado por Williams a lo largo de su libro *Unnatural Doubts*. De acuerdo con este filósofo, el escepticismo filosófico es el resultado de asumir lo que él denomina “Realismo Epistemológico”, el cual postula la existencia de clases naturales epistémicas, por ejemplo, el conocimiento del mundo externo. Williams pretende demostrar que debido a que el Realismo Epistemológico es falso, también lo es el escepticismo. A pesar de que Williams también hace una propuesta contextualista, él mismo enfatiza que la principal característica de su respuesta al escepticismo es que revela las presuposiciones teóricas falsas que subyacen al razonamiento escéptico, y por ello en la clasificación que se ha propuesto aquí pertenecería al segundo tipo de respuesta, no al tercero, pues no busca explicar la paradoja de intuiciones que genera el argumento

último tipo de respuesta –el diagnóstico terapéutico- para comprender en qué sentido la propuesta del contextualismo epistemológico para resolver el problema que constituyen los argumentos escépticos también es superior a ésta. Si bien el propio Williams admite que la distinción entre diagnóstico teórico y terapéutico no es tajante, un diagnóstico terapéutico como el de M. Kaplan se caracteriza principalmente por acusar al escéptico de cometer algún tipo de incoherencia conceptual o incurrir en un malentendido lingüístico, mientras que un diagnóstico teórico como el de Williams o Dretske tiene como principal objetivo “mostrar que la fuerza de los argumentos escépticos no se deriva de las intuiciones comunes sobre el conocimiento, sino de ideas teóricas que no estamos dispuestos a aceptar”²⁵, por lo que consiste en investigar las presuposiciones epistemológicas que asume el escéptico sin acusarlo de incoherencias o malentendidos lingüísticos.

Capítulo II ¿El escéptico distorsiona la noción ordinaria de conocimiento?

Como se ha mencionado antes, uno de los retos que plantea el escepticismo filosófico es el de explicar la paradoja que se produce cuando las intuiciones cotidianas respecto a lo que estamos seguros de saber chocan con la conclusión de los argumentos escépticos. En vista de ello parece que se abre una brecha entre lo que ordinariamente cuenta como conocimiento y lo que éste sería en los términos que impone el escéptico. Siendo así parecería que ignorar las prácticas cotidianas de atribución de conocimiento es la única razón que lleva al escéptico a negar el conocimiento del mundo externo. Esto conduce a pensar que quizá, debido a que el escéptico no toma en cuenta lo que normalmente se entiende por “saber”, está distorsionando el significado de dicho término. En ese caso, la conclusión del argumento escéptico se explicaría señalando que resulta de concebir el conocimiento de manera diferente de la que comúnmente se acepta. Esta es la postura que Williams denomina “diagnóstico terapéutico”²⁶ y que pretende mostrar que el escéptico está fundamentalmente equivocado porque su conclusión es el resultado de cometer algún tipo de error conceptual, y por ende, su razonamiento no debería

escéptico. Por ello no es comparable con la respuesta de Keith DeRose, a pesar de que Williams también proponga una teoría contextualista. Cfr. Williams (1995) *Unnatural Doubts: epistemological realism and the basis of skepticism*, Boulder: Westview Press

²⁵ Williams (1995) p. xvii

²⁶ Cfr. Williams (1995) p. 33

representar un verdadero problema, pues no hablaría de lo mismo que ordinariamente se entiende por conocimiento.

Si bien intuiciones similares a la anterior han guiado muchas indagaciones en torno al tema del escepticismo filosófico, no han sido compartidas por todos los estudiosos del tema. Varios filósofos rechazan por completo la idea de que el argumento escéptico implique una concepción del conocimiento diferente de la que opera en la vida cotidiana, a pesar de que otros la defienden como la única vía para dar cuenta del problema que representa la conclusión del escéptico. A continuación se explorarán ambas posturas tomando a Mark Kaplan como ejemplo de la postura que arguye que el escéptico distorsiona el significado ordinario de los términos epistémicos y a Barry Stroud como ejemplo de la postura contraria.²⁷

2.1 Postura de Barry Stroud.

A pesar de que a primera vista podría parecer que acusar al escéptico de distorsionar el significado del término “saber” es una respuesta satisfactoria al problema que representa el argumento escéptico, ha sido puesta en duda por su incapacidad para explicar por qué en un inicio las premisas del argumento parecen ser correctas y tener sentido, a pesar de que su consecuencia lógica sea una conclusión tan paradójica. En ese sentido Barry Stroud considera que la acusación de distorsión de la noción ordinaria de conocimiento no es válida:

Así pues, puede fácilmente parecer como si Descartes llegara a su conclusión escéptica sólo violando nuestras normas y requisitos ordinarios para el conocimiento, tal vez sustituyéndolos con un nuevo y distinto conjunto de su cosecha. Si fuera así, su conclusión no tendría las consecuencias que parece tener para nuestro conocimiento y creencias cotidianas y científicas. Así interpretado, no tendría la significación que en un principio consideramos que tenía.²⁸

²⁷ En lo que sigue no se pretende encasillar a estos filósofos en una postura u otra, sino ilustrarlas a través de algunas de las ideas que defiende cada uno.

²⁸ Stroud (1991) p. 42

Esta cita que se encuentra al inicio del segundo capítulo del libro de Stroud titulado *El escepticismo filosófico y su significación* muestra cuál es el propósito que guía el desarrollo del capítulo entero: argumentar en contra de la idea de que la conclusión del escéptico implica una distorsión del significado del término “saber” y por ello no revela ningún rasgo característico de las normas y prácticas de atribución de conocimiento cotidianas. El siguiente pasaje muestra que Stroud defiende la idea de que el escéptico no distorsiona la noción ordinaria de “saber”:

Descartes y los otros filósofos que han examinado el conocimiento en la misma forma y se han visto llevados a conclusiones escépticas están totalmente conscientes de que el tipo de dudas o críticas que ellos plantean en sus investigaciones filosóficas no siempre constituirían planteamientos adecuados en las actividades cotidianas o científicas. Esto no muestra por sí mismo que ellos deban estar alterando o malinterpretando el significado de la palabra ‘saber’.²⁹

Como se puede observar la postura de Stroud es motivada por la idea de que si el escéptico emplease una concepción del conocimiento diferente de la que opera en la vida cotidiana, entonces las premisas de su argumento no tendrían la fuerza persuasiva que poseen.

Para argumentar que la conclusión escéptica no depende de que se distorsionen los significados de los términos involucrados, Stroud comienza exponiendo un ejemplo paradigmático de cómo se distorsiona el significado de un término. En el ejemplo alguien determina que no hay médicos en Nueva York porque considera que éstos son únicamente aquellas personas que poseen un título de medicina y son capaces de curar cualquier enfermedad en menos de dos minutos; esto implica una definición del término “médico” diferente de la que se emplea en la vida cotidiana, por lo que no es relevante para determinar si hay médicos en Nueva York y tampoco afecta las creencias comunes al respecto. De acuerdo con Stroud el escéptico no procede de la misma manera pues la condición que impone al conocimiento (descartar la hipótesis escéptica para poder afirmar con verdad que se sabe cualquier cosa del mundo externo) es necesaria incluso en el terreno de las atribuciones ordinarias de conocimiento. Al asumir el Principio de Clausura es necesario que el sujeto de la adscripción de conocimiento sepa que es falsa cualquier hipótesis incompatible con el conocimiento del mundo externo para que sea

²⁹ Stroud (1991) p. 60

verdad que sabe algo al respecto. Por ejemplo, un sujeto no puede saber que tiene manos si no ha descartado la posibilidad de ser un cerebro en una cubeta porque tener manos implica no serlo y, de acuerdo con PC, si el sujeto no sabe que no es un cerebro en una cubeta y sabe que tener manos implica no serlo, entonces no sabe que tiene manos.

Aunado a lo anterior, Stroud argumenta que si se tratase de una condición extravagante que involucrara un cambio radical en el significado del término “saber”, entonces el argumento escéptico no tendría la fuerza persuasiva que posee.³⁰ Y en efecto, en el ejemplo anterior la afirmación de que no hay médicos en Nueva York deja de producir asombro y perplejidad una vez que se ha comprendido que tal conclusión es producto de una redefinición del término “médico”; pero el asombro y perplejidad que produce la conclusión del argumento escéptico no desaparecen tan fácilmente, a pesar de que se haya enfatizado que es el resultado de concebir que el conocimiento debe cumplir una condición impuesta por el escéptico y que en realidad es imposible cumplir. Esto se debe a que en alguna medida se reconoce que la condición del escéptico tiene sentido, mas no así la redefinición del significado de “médico”.

Según Stroud, la tendencia a aceptar las premisas del argumento escéptico y a considerar –aunque sea momentáneamente– que es imposible rechazar la conclusión que se infiere deductivamente de esas premisas, se debe a que dicho argumento efectivamente revela aspectos del conocimiento filosóficamente importantes que forman parte de la concepción ordinaria del conocimiento.

Por otro lado, este filósofo considera la facilidad con que se admite la conclusión del argumento como evidencia de que el escéptico no distorsiona el significado del término “saber”. Stroud cree que ello es en sí mismo una prueba de que la concepción del conocimiento que se emplea en el argumento es la misma que la que opera en la vida cotidiana.³¹

Si bien el ejemplo del “médico” fue útil para ilustrar que el argumento escéptico no depende de una redefinición radical del término “saber”, Stroud aun debe probar que en la vida cotidiana no se cuestionaría la necesidad de cumplir la condición que impone el escéptico para que las atribuciones de conocimiento sean verdaderas. Para ello retoma

³⁰ Cfr. Stroud (1991) p. 43

³¹ Cfr. Stroud (1991) p. 65

un ejemplo de Thompson Clarke que involucra entrenar sujetos en tiempos de guerra para que reconozcan aviones.³²

A estos sujetos se les entrega un manual que especifica que si el avión tiene las características x , y y w es del tipo E, pero se trata de un F si sus características son x , y y z . Hay otro tipo de aviones, los G, que tienen las mismas características que los F, pero no se mencionan en el manual para no complicar el reconocimiento de los F, de manera que cuando el sujeto vea un avión con las características x , y y z señale que está viendo un F. En tales circunstancias, lo que se sucede cuando el sujeto dice que el avión es un F porque tiene las características x , y y z es que no es correcto decir que sabe si es un F, pues podría ser un G. Según Stroud, si uno está informado de la existencia de los G entonces lo correcto es decir que el sujeto no sabe que es un F, aunque para fines prácticos se pueda decir que sí lo sabe en un sentido laxo.

Stroud parece considerar que cualquier persona estaría de acuerdo con lo anterior y supone que sucede algo análogo en el caso del escepticismo, de manera que el escéptico no está distorsionando el significado del término “saber”. Así como cualquiera puede reconocer que el sujeto no sabe que se trata de un F a pesar de que siguió las únicas normas que tenía a su disposición (las del manual), del mismo modo se puede reconocer que ordinariamente la gente no sabe lo que afirma saber aunque siga las normas epistémicas que se emplean ordinariamente. Con esta analogía Stroud pretende mostrar que en el argumento escéptico opera la misma noción de conocimiento que en la vida cotidiana y en consecuencia el escéptico está en lo correcto cuando niega que se pueda saber algo del mundo externo si previamente no se ha eliminado la hipótesis escéptica. En palabras de este filósofo:

El argumento de Descartes depende de que sea una condición de nuestro conocimiento de algo en particular acerca del mundo circundante el hecho de que sepamos que no estamos soñando, y de acuerdo con esta concepción el hecho admitido de que en la vida diaria nosotros no insistimos en la eliminación de esta posibilidad no muestra que no necesitemos descartarla para poder saber algo del mundo.³³

Pero si Stroud está en lo correcto y es estrictamente necesario eliminar la hipótesis escéptica para saber cualquier cosa sobre el mundo externo, ¿por qué cotidianamente no se insiste en que se cumpla dicha condición antes de atribuir conocimiento? Todo

³² Clarke, T. (1972) “The Legacy of Skepticism”, *The Journal of Philosophy*, p. 759

³³ Stroud (1991) p. 63

parece indicar que en este caso la carga de la prueba está del lado del escéptico, quien debe demostrar por qué es necesario eliminar la hipótesis escéptica para saber cualquier cosa sobre el mundo externo, pues si ordinariamente se considera que es correcto atribuir conocimiento a pesar de que no se elimine la hipótesis escéptica, ¿por qué aun así eliminarla debe ser una condición necesaria para saber cualquier cosa del mundo externo? Este es un problema para la postura que Stroud defiende.

De acuerdo con Stroud, en el caso del sujeto que dice saber que el avión es un F y en general cuando en la vida cotidiana se afirma saber tal o cual cosa sobre el mundo, lo que ocurre simplemente es una confusión: en ambos casos se afirma algo de manera prudente, razonable y adecuada, pero eso no implica que lo que se dice sea verdadero. Es decir, “alguien podría estar totalmente justificado en decir que sabe algo en particular acerca del mundo que le rodea sin que sea cierto que en efecto lo sepa.”³⁴ Pero si ese sujeto está justificado y ordinariamente se considera que tiene conocimiento, no es claro por qué no se puede decir que sí sabe lo que pretende saber a menos que haya cumplido la condición del escéptico. A Stroud le hace falta argumentar por qué es una condición necesaria para el conocimiento que se eliminen las hipótesis escépticas si ordinariamente no se exige esto y peor aún, parece imposible hacerlo. Quien sostenga que eliminar la hipótesis escéptica es una condición necesaria para el conocimiento se arriesga a aceptar cierto tipo de escepticismo, porque si por definición es imposible eliminar la hipótesis escéptica pero hacerlo es una condición necesaria para el conocimiento, entonces es imposible el conocimiento.

De hecho, en ocasiones parece que Stroud sucumbe ante el escepticismo, como lo muestran pasajes como el siguiente: “seguimos sin reconocer que no hay una solución satisfactoria al problema [del escepticismo filosófico]. Procedemos como si fuese posible encontrar una respuesta y por ende negamos la fuerza y el interés del escepticismo.”³⁵ En vista de lo anterior, Williams señala que desde una perspectiva como la de Stroud el escepticismo es al menos condicionalmente correcto, pues implica reconocer que si las condiciones que el escéptico impone para el conocimiento del mundo externo son correctas, entonces es imposible conocer el mundo externo.³⁶

³⁴ Stroud (1991) p. 59

³⁵ Stroud (1989), “Understanding human knowledge in general.”, en Caly, M. y Lehrer, K. eds., *Knowledge and skepticism*, Boulder: Westview Press p. 32

³⁶ Cfr. Williams (1995) p. 14

2.2 Postura de Mark Kaplan.

En el ensayo titulado “To what must an epistemology be true?” Mark Kaplan argumenta que las críticas que Stroud hace a J. L. Austin son inaceptables, pues implican concebir el conocimiento de una manera tal que no es posible saber algo a menos que se haya demostrado que no ocurre ninguna hipótesis que sea incompatible con lo que se pretende saber.³⁷ Esta concepción del conocimiento es una consecuencia inmediata de la defensa que realiza Stroud a favor de la idea de que el argumento escéptico no está basado en una comprensión del conocimiento diferente de la ordinaria. El ensayo de Kaplan tiene como finalidad demostrar que esa concepción del conocimiento es insostenible debido a que “nuestras prácticas de atribución de conocimiento en la vida diaria, en la ciencia y en otras investigaciones son la única fuente de entendimiento que tenemos para considerar justificadamente que algo cuenta como conocimiento.”³⁸

En ese sentido, se puede decir que al oponerse a las conclusiones de Stroud, Kaplan está a favor de la idea de que el escéptico establece su conclusión en la medida en que se desvía de la comprensión ordinaria del conocimiento y por ello la propuesta de Kaplan constituye un ejemplo de lo que Williams denominaría una respuesta de “diagnóstico terapéutico”. De hecho, en varios pasajes de su ensayo, Kaplan señala que los estándares de conocimiento de la vida cotidiana son diferentes de los del argumento escéptico, lo cual apoya la tesis de que en algún sentido el escéptico distorsiona los requisitos ordinarios para las atribuciones de conocimiento. En uno de esos pasajes Kaplan critica la manera en que Stroud recurre al ejemplo de unos observadores de aviones para establecer que en la vida cotidiana las necesidades prácticas justifican la costumbre de adscribir conocimiento aunque no se hayan cumplido las condiciones que impone el escéptico, las cuales deben cumplirse para que una adscripción de conocimiento sea verdadera y no sólo tenga una justificación pragmática.

³⁷ Kaplan se refiere específicamente a las críticas que aparecen en el segundo capítulo de *El escepticismo filosófico y su significación*.

³⁸ Kaplan, M. (2000) “To what must an epistemology be true?”, *Philosophy and phenomenological research*, 61, p. 301

En el ejemplo de Stroud que se explicó en apartado anterior, los observadores de aviones poseen un manual cuya información les permite saber que los aviones con las características x , y , y z son del tipo F. Además de los F, los aviones G también tienen esas características, pero no se menciona su existencia en el manual porque no es de gran utilidad distinguir los F de los G. Así que, estrictamente hablando, el vigía que ve un avión con las características x , y , y z no sabe que es un F porque bien podría ser un G, pero está justificado en decir que sabe que es un F. De acuerdo con Stroud, lo que sucede en el caso de los observadores de aviones es análogo a lo que sucede en la vida cotidiana al adscribir conocimiento. En el primer caso se afirma que estrictamente hablando el observador no sabe que el avión es un F porque no ha descartado la posibilidad de que sea un G. En el segundo caso, los sujetos no saben que tienen manos ni cualquier otra cosa respecto al mundo externo porque no han descartado la posibilidad de que ocurra lo que plantea una hipótesis incompatible con lo que pretenden saber, así que también en este caso las necesidades prácticas sirven de justificación para poder decir que los sujetos saben aunque en realidad no sea verdad.

Para M. Kaplan el error de Stroud radica en considerar que la distinción entre saber bajo los estándares ordinarios y saber bajo los estándares del escéptico es análoga a la distinción entre lo que el observador sabe para fines prácticos y lo que sabe estrictamente hablando, pero no lo es. Cuando se distingue lo que el observador sabe “para fines prácticos” de lo que sabe “estrictamente hablando”, se está haciendo una distinción entre lo que sabe de acuerdo con el manual y lo que sabe según los estándares ordinarios de conocimiento. Stroud cree que las adscripciones ordinarias de conocimiento tienen una justificación pragmática y pretende que se aplique el epíteto de “saber estrictamente hablando” sólo cuando los sujetos cumplan con los estándares del escéptico, pero no ofrece una buena explicación que respalde esa pretensión y justo en ello radica su error pues no es obvio que efectivamente ambos casos sean análogos.³⁹

Otro de los puntos en que Stroud se apoya para sostener que el escéptico no distorsiona el significado del término “saber” es apelar a la fuerza con la que el argumento escéptico logra persuadirnos de su conclusión, lo cual debería probar que ésta no depende de que se impongan estándares de conocimiento diferentes de los de la vida cotidiana. Kaplan también critica esto debido a que ante el argumento escéptico no

³⁹ Cfr. Kaplan, M. (2000) p. 293

sólo se siente una cierta inclinación a aceptar sus premisas, sino que también se experimenta una fuerte tendencia a rechazar la conclusión y de acuerdo con Kaplan esto último se debe a que el escéptico eleva los estándares de conocimiento a un nivel mucho más alto que el de la vida cotidiana o el contexto de la investigación científica.⁴⁰ Por ende, el hecho de que el argumento escéptico logre brevemente persuadir al oyente no es una razón suficiente para inferir de ello que en la vida cotidiana se reconozca que se debería cumplir la condición que el escéptico impone al conocimiento para que las adscripciones de conocimiento sean verdaderas.⁴¹

Finalmente, para apuntalar la idea de que el escéptico se desvía de los estándares ordinarios de conocimiento, Kaplan señala que Austin ofrece un catálogo de casos en los que ordinariamente no se cumplen las condiciones que el escéptico impone para la atribución de conocimiento y ello no obsta para que se considere que los sujetos saben. Ante esto Stroud exigiría no juzgar las atribuciones de conocimiento a la luz de las prácticas ordinarias, pero en contra de esto Kaplan subraya que éstas son lo único con lo que cuenta el epistemólogo para reflexionar respecto a cuándo es correcto atribuir conocimiento.

2.3 Problemas que enfrentan las posturas de M. Kaplan y Stroud.

En lo anterior se revisaron brevemente dos posturas relacionadas con la idea de que el argumento escéptico distorsiona la comprensión cotidiana del conocimiento. Por un lado, Stroud intenta refutar dicha idea apelando a que “la fuerza que sentimos que tiene el argumento escéptico cuando nos enfrentamos a él por primera vez es en sí misma una prueba de que la concepción del conocimiento empleada en el argumento es la misma concepción con la que siempre hemos estado funcionando.”⁴² En efecto, si el escéptico estuviese distorsionando el significado del término “saber”, difícilmente se podría explicar la tendencia a reconocer que su argumento tiene premisas verosímiles.

El hecho de que la conclusión del argumento escéptico pueda parecer aceptable - aunque sea momentáneamente- no se debe únicamente a que se sigue deductivamente

⁴⁰ Cfr. Kaplan, M. (2000) p. 294

⁴¹ Cfr. Kaplan, M. (2000) p. 295

⁴² Stroud (1991) p. 65

de las premisas, sino también a que cada una de éstas es plausible, lo cual no sucedería si en ellas se hubiese modificado la noción ordinaria de conocimiento. Es decir, si el escéptico emplease el término “saber” con un significado diferente del que tiene en la vida cotidiana -como supone Mark Kaplan-, las premisas de su argumento no serían verosímiles.

Es por ello que para Williams afirmar que el escéptico distorsiona el significado ordinario de los términos epistémicos no es una manera de solucionar el problema, sino de *disolverlo*.⁴³ Para que efectivamente no hubiese ningún conflicto entre la conclusión del escéptico y las atribuciones ordinarias de conocimiento, el escéptico debería violar las normas epistémicas o distorsionar la noción ordinaria de conocimiento a tal grado que sería culpable de cometer una severa incoherencia conceptual; sólo así sería posible que su argumento no fuese significativo. Sin embargo, no parece legítimo acusar al escéptico de que haya llevado a cabo tal modificación en el significado del término “saber”, pues cualquier hablante competente es capaz de entender el argumento, lo cual no sería posible si el escéptico emplease el término “saber” con un significado totalmente diferente del que se le atribuye ordinariamente. Este es un problema que debe enfrentar una postura como la que sostiene Mark Kaplan.

Por otro lado, las críticas de Kaplan muestran que también es problemática una postura como la de Stroud, pues a la luz de la evidencia de las prácticas ordinarias de atribución de conocimiento no se puede aceptar que éstas y el argumentos escéptico se rijan por los mismos estándares epistémicos. Por ende, no es aceptable la idea de que la comprensión del conocimiento que ostenta el argumento escéptico sea la misma que opera en la vida cotidiana. Si ordinariamente se concibiera el conocimiento de la misma manera en que lo hace el escéptico, la conclusión de su argumento no entraría en contradicción con la mayoría de las atribuciones de conocimiento que se realizan todos los días.

En la vida cotidiana no se exige que los sujetos hayan descartado toda hipótesis incompatible con lo que pretenden saber para que sea correcto adscribir conocimiento. Por ello Stroud debe dar cuenta de por qué considera que en sentido estricto las adscripciones ordinarias de conocimiento no son verdaderas porque no cumplen la condición que el escéptico impone al conocimiento, sino que únicamente están

⁴³ Williams (1995) p. XIV

justificadas pragmáticamente. Es decir, la carga de la prueba está del lado del escéptico, quien debe explicar las razones para defender la idea de que la práctica de adscribir conocimiento debería realizarse conforme a sus exigencias. No es claro por qué habría que cumplir la condición del escéptico si normalmente se considera que los sujetos saben muchas cosas aunque no descarten toda hipótesis escéptica incompatible con dicho conocimiento. Pero sobre todo, no es comprensible qué sentido tendría modificar las actitudes epistémicas cotidianas con base en las exigencias del escéptico, si al hacerlo nunca sería correcto afirmar que los sujetos tienen conocimientos respecto al mundo externo.

El problema que Kaplan debe enfrentar es dar cuenta de la verosimilitud de las premisas del argumento, lo cual no es comprensible si se asume que esas premisas involucran una noción de conocimiento diferente de la ordinaria. Por ello, Stephen Schiffer denomina a este tipo de respuesta al problema del escepticismo “happy face solutions”, las cuales se caracterizan por afirmar que el problema con las paradojas es que una de sus proposiciones es falsa o implica un malentendido lingüístico, por lo que aclararlo es la manera de solucionar el problema. Schiffer crítica ese tipo de soluciones porque no son capaces de dar cuenta de por qué en primera instancia la paradoja representaba un problema, ya que el supuesto malentendido no es obvio desde un principio.⁴⁴

En contraste, la ventaja que posee la postura de Stroud es su capacidad para explicar la plausibilidad de las premisas del argumento escéptico, pues Stroud asume que este argumento no implica una distorsión del significado ordinario del verbo “saber” y por ello las premisas no sólo son inteligibles, sino que además parecen ser verdaderas. El problema que debe enfrentar esta postura es el de dar cuenta de las intuiciones en contra de la conclusión del argumento, lo cual es sumamente difícil de llevar a cabo habiendo aceptado que el escéptico concibe el conocimiento de la misma manera en que se concibe cotidianamente. Si eso es verdad, no es comprensible por qué la conclusión del argumento escéptico contradice las atribuciones ordinarias de conocimiento.

⁴⁴ Schiffer, S. (1996) “Contextualist Solutions to Skepticism”, *Proceedings of the Aristotelian Society*, 96, p. 329

Este panorama plantea un dilema: hace falta explicar la fuerza persuasiva de las premisas del argumento escéptico y al mismo tiempo defender la intuición de que las prácticas ordinarias de atribución de conocimiento son generalmente correctas, que es justo lo contrario de lo que el escéptico pretende concluir. En este trabajo se propone explorar el contextualismo epistemológico como respuesta a este dilema, porque parece tener la capacidad de hacer frente a ambos retos. Tal como se estudiará con detenimiento en el siguiente capítulo, esta teoría postula que las atribuciones de conocimiento son sensibles al contexto en el que se emiten y dado que en el contexto del argumento escéptico operan estándares epistémicos demasiado altos, es posible concluir que las adscripciones ordinarias de conocimiento son falsas. Pero esto no representa una amenaza para las prácticas ordinarias de atribución de conocimiento porque éstas se dan en un contexto en el que operan estándares epistémicos más laxos.

Capítulo III: Respuesta contextualista al problema del escepticismo filosófico

3.1 Sensibilidad contextual.

Dado que el contextualismo epistemológico defiende la idea de que el verbo “saber” es sensible al contexto, en este apartado se estudiará brevemente qué es la sensibilidad contextual. Debido a que el tema de la sensibilidad contextual de ciertos términos como los deícticos (por ejemplo, “yo”, “aquí”, “mañana”) es muy amplio y complejo, aquí no será desarrollado a profundidad, únicamente se presentarán algunas ideas nodales al respecto con la finalidad de ofrecer elementos que apoyen la comprensión de la tesis central del contextualismo: las atribuciones de conocimiento son sensibles al contexto.

Para entender el fenómeno de la sensibilidad contextual de los deícticos, la mayoría de los filósofos recurren a la propuesta de David Kaplan, quien explica que estos términos tienen dos tipos de significados: el primero se denomina “carácter” y el segundo se denomina “contenido”.⁴⁵ *Grosso modo*, el carácter es lo que normalmente se entiende como significado lingüístico, mientras que el contenido es aquello a lo que refiere el hablante con el uso del término, i. e., lo que el hablante quiere decir. Lo característico de los deícticos es que tienen un solo significado lingüístico pero diferentes contenidos que dependen del contexto en el que se profieren. Por ejemplo, el significado lingüístico del término “yo” sería “la persona que profiere el término”, pero su contenido depende del contexto en el que se emite, así que puede cambiar porque cada vez que se usa el término su referente es la persona que lo profiere en esa ocasión.

Cabe mencionar que además de los deícticos hay otros términos que son sensibles al contexto, tal es el caso de adjetivos como “plano” y “alto”, que evidencian una sensibilidad contextual por el hecho de que algo puede calificarse como alto o plano en unos contextos pero no en otros. Por ejemplo, en el contexto de los jinetes de caballos de carreras se puede considerar que determinado sujeto es alto, pero ese mismo sujeto no se considera alto en el contexto de los jugadores de baloncesto.

Los deícticos han sido objeto de gran interés por parte de lingüistas y filósofos del lenguaje, quienes han propuesto diversas teorías para explicar la semántica de dichos términos. A continuación no se expondrán en detalle todas esas propuestas ni los numerosos debates que se han suscitado en torno a ellas, sino que únicamente se describirán los rasgos generales que caracterizan a los deícticos de acuerdo con la teoría de David Kaplan, la cual ha marcado la pauta para la mayoría de lo que se ha escrito al

⁴⁵ Kaplan, David (1989) "Demonstratives." En Almog, Perry, y Wettstein, *Themes From Kaplan*, Oxford: Oxford University Press, pp. 481-563.

respecto. Cabe mencionar que a continuación se procurará hacer una exposición clara y sencilla de la semántica de los deícticos, de manera que sea accesible a aquellos que no estén familiarizados con tecnicismos propios de la filosofía del lenguaje, por lo que se recurrirá a éstos sólo cuando sea estrictamente necesario.

Los deícticos son probablemente el mejor ejemplo de expresiones lingüísticas sensibles al contexto. Lo distintivo de los términos más representativos del fenómeno de la deixis, tales como “yo”, “aquí”, “ahora”, “hoy”, “él”, “ella” y “eso”, es que su referente depende del contexto en el que se emiten y no sólo del significado lingüístico asociado con el término. *Verbi gratia*, si alguien pregunta “¿Quién es Nancy Nuñez?” y yo digo “yo”, mediante el uso de ese término me estoy refiriendo a mí, pero si después la pregunta es “¿Quién es Juan Pérez?” y otra persona dice “yo”, ese mismo término ya no se refiere a mí sino que se usa para referirse a la otra persona que lo profiere (que es Juan Pérez). Como se mencionó antes, Kaplan, explica que esto se debe a que los deícticos tienen dos tipos de significados, denominados contenido y carácter. Lo que ocurre en el ejemplo anterior se debe a que el término “yo” tiene un solo carácter y diferentes contenidos que dependen del contexto en el que se profiere el término.

Cabe señalar que Kaplan distingue dos tipos de deícticos: *deícticos puros* y *demostrativos verdaderos*, los cuales se diferencian por la manera en que se determina su referente y contenido. El referente de los demostrativos verdaderos (tales como “eso” y “él”) depende de un acto de demostración del hablante, que generalmente consiste en señalar un objeto. Por ejemplo, para determinar el referente de “eso” en un contexto es necesario que el hablante señale un objeto, o bien, que manifieste sus intenciones de referirse a dicho objeto de algún otro modo. En cambio, para determinar el referente y contenido de los deícticos puros (tales como “yo”, “ahora”, “aquí” y “mañana”) no parece necesaria ninguna demostración ni otro tipo de acciones suplementarias que muestren las intenciones del hablante.⁴⁶ Por ejemplo, cuando en un contexto el hablante hace uso del deíctico “yo” se refiere a sí mismo y no necesita señalarse para determinar que se refiere a sí mismo.⁴⁷

⁴⁶ Cuáles son los deícticos puros (o si en verdad hay tal cosas) es una cuestión que se debate ampliamente, pero la mayoría de los especialistas concuerdan en que “yo” podría ser el mejor ejemplo.

⁴⁷ Cfr. Kaplan D. (1989) pp.489-491

Contenido.

Un rasgo distintivo en el uso de los deícticos es que se pueden emplear para decir diferentes cosas en diferentes contextos, tal como lo ejemplifica Kaplan con la oración “Yo fui insultado ayer.” Si yo pronuncio dicha oración el día de hoy, no estoy diciendo lo mismo que diría otra persona que pronunciase exactamente la misma oración el día de mañana porque yo estaría hablando de algo que me sucedió a mí el día de ayer, mientras que la otra persona estaría hablando de algo que debería ocurrirle a ella hoy, no a mí. Además, el valor de verdad de lo que decimos es diferente, ya que las condiciones de verdad cuando yo profiero dicha oración son diferentes de las involucradas cuando otra persona la pronuncia. Por lo tanto, hay un sentido en el que la oración significa diferentes cosas si la pronuncio yo el día de hoy y si la pronuncia otra persona el día de mañana. A este tipo de significado es al que Kaplan denomina contenido, que fundamentalmente es “lo que dice el hablante”.

Como se evidencia en el ejemplo anterior, el contenido de los deícticos es lo que varía dependiendo del contexto en el que éstos se emiten. Así, el hecho de que el término “yo” pueda referirse a diferentes personas según quien lo profiere, se debe a que el contenido del término varía de contexto en contexto. Por ende, lo que quiere decir un hablante cuando emplea este término depende del contexto en el que lo emplea, el cual siempre tendrá como principal componente al agente de la emisión del término cuando se trata del uso del deíctico “yo”. Por lo tanto, en el caso de los deícticos, el mismo término puede designar diferentes objetos y pueden cambiar las condiciones de verdad de los enunciados en los que aparece, debido a que su contenido varía de contexto en contexto. En ese sentido, es posible entender el contenido de una oración respecto al contexto en el que se profiere como una proposición.⁴⁸ Recordando el ejemplo anterior es patente que la oración “Yo fui insultado ayer” no tiene las mismas condiciones de de verdad si la pronuncio yo el día de hoy que si la pronuncia cualquier otra persona el día de mañana, en cuyo caso esa misma frase ya no expresaría la proposición que expresa cuando es pronunciada por mí el día de hoy.

⁴⁸ Cfr. Kaplan D. (1989) p. 500

Carácter.

El otro tipo de significado que Kaplan atribuye a los deícticos es el carácter. De acuerdo con este filósofo “el carácter de una expresión es lo establecido por las convenciones lingüísticas y, por ende, determina el contenido de la expresión en cada contexto”⁴⁹, es decir, permite determinar la referencia de un deíctico en cada contexto de preferencia. Así, por ejemplo, el término “yo” tiene diferentes contenidos en diferentes contextos, pero un solo carácter, según el cual cada vez que alguien profiere el término, esa persona se refiere a sí misma. Este ejemplo ilustra que el carácter de los deícticos es lo que usualmente se entiende por significado, pues permite determinar el contenido de un término o una frase en cada contexto en el que se emplea. En ese sentido Kaplan señala que al ser el carácter lo establecido por las convenciones del lenguaje, es natural pensar en él como el *significado* de la expresión, en tanto que es lo que sabe un hablante competente para determinar el contenido de la expresión.⁵⁰

Aunado a ello Kaplan ofrece una compleja explicación del carácter en la que éste es representado como una función que va de los posibles contextos de uso de las expresiones al contenido de las mismas.⁵¹ Por ejemplo, el carácter de “yo” es una función cuyo valor, en cada contexto, es el hablante en ese contexto. Algunos autores como David Braun cuestionan que representar el carácter como una función ayude a explicarlo,⁵² por esto únicamente dirigiremos la atención a la explicación que ofrece Kaplan del carácter de los deícticos como convenciones o reglas de uso del lenguaje.

Además de explicar el carácter en términos de funciones, Kaplan señala que el carácter de un deíctico lo constituyen las convenciones o reglas lingüísticas porque indican cuál es su referente teniendo en cuenta el contexto particular en el que se emplea. Pero las reglas semánticas no forman parte del contenido, es decir, no forman parte del componente proposicional de la expresión con relación al contexto dado.⁵³

⁴⁹ Kaplan D. (1989) p. 505

⁵⁰ Cfr. Kaplan D. (1989) p. 505 Otros autores como David Braun lo llaman <<significado lingüístico>> en lugar de <<carácter>>, mientras que John Perry lo denomina simplemente <<significado>>

⁵¹ Cfr. Kaplan D. (1989) p. 505-507

⁵² Cfr. Braun, D. (1995) “What is character?”, *Journal of Philosophical Logic*, 24, pp. 227-228

⁵³ Cfr. Kaplan D. (1989) p. 523 “Las reglas nos dicen, para cualquier ocurrencia de un deíctico, cuál es su referente, pero *no* constituyen el contenido de dicha ocurrencia... Las reglas nos dicen qué es aquello a lo que el deíctico se refiere. Así que ellas *determinan* el contenido (el componente proposicional) de una ocurrencia particular de un deíctico. Pero ellas no son *parte* del contenido (ellas no constituyen parte del componente proposicional).”

Kaplan ejemplifica esto mediante la siguiente regla: “Yo” refiere al hablante o escritor. En esta regla, la frase ‘el hablante o escritor’ se refiere al hablante o escritor de la ocurrencia relevante del término “yo”, es decir, al agente del contexto en el que se emite.⁵⁴ De modo que se puede entender el carácter de un deíctico como una regla lingüística que determina su contenido en los diferentes contextos de uso.

Un ejemplo que emplea Kaplan para ilustrar la diferencia entre carácter y contenido es el siguiente: si yo digo “Estoy cansada hoy” y Juana Pérez dice lo mismo el día de mañana, lo que cada una ha dicho tiene diferentes contenidos, pues los hechos que son relevantes para determinar la condiciones de verdad de lo que yo dije y de lo que ella dijo son diferentes. Pero en otro sentido lo que ambas decimos significa lo mismo o tiene el mismo carácter, i.e, que cada una está cansada el día en que dice esa frase. Es decir, en algún sentido dos casos de un mismo término o una misma frase deben significar lo mismo, o de lo contrario difícilmente podríamos aprender y comunicar el lenguaje.⁵⁵ Ese sentido en el que significan lo mismo es el carácter, según el cual convencionalmente “Estoy cansada hoy” significa que la persona que profiere dicha frase está cansada el día en que la emite.

Contexto.

Hemos señalado que un mismo deíctico puede ser empleado en diferentes ocasiones para referirse a diferentes objetos. De acuerdo con Kaplan, cada una de estas posibles ocasiones de uso de un deíctico constituye un contexto.⁵⁶ En el caso de los deícticos, el contexto es primordial para determinar su referente, pues el contenido de estas expresiones depende del contexto en el que se profieren. Como consecuencia, la noción de verdad se ve relativizada al contexto en el que se dan las oraciones que hacen uso de los deícticos, de manera que “si c es un contexto, entonces una ocurrencia de ϕ en c es verdadera si y sólo si el contenido expresado por ϕ con respecto a este contexto es

⁵⁴Cfr. Kaplan D. (1989) p. 505

⁵⁵Cfr. Kaplan D. (1989) p. 524 “Pero hay otro sentido de significado según el cual, ausente de ambigüedades léxicas o sintácticas, dos ocurrencias de la *misma* palabra *deben* significar lo mismo. (¿De qué otra manera podríamos aprender o comunicar el lenguaje?) [Llamo *carácter*] a este otro sentido de significado.”

⁵⁶ Cfr. Kaplan D. (1989) p. 409

verdadero cuando es evaluado con respecto a las circunstancias del contexto.”⁵⁷ Es decir, si alguien emite una oración en una situación determinada, lo que la persona ha dicho, i.e. el contenido, puede ser verdadero en esas circunstancias pero puede no serlo respecto a otras. Por ejemplo, alguien que un 25 de diciembre dice “Hoy es navidad”, ha dicho algo que es verdadero con respecto a las circunstancias de ese contexto. Pero si alguien dice “Hoy es navidad” en un contexto que es diferente porque la fecha no es 25 de diciembre sino 20 de Abril, entonces esa persona ha dicho algo falso, o en otras palabras, el contenido de esa oración es falso en estas circunstancias.

Los filósofos del lenguaje que han abordado el tema de los deícticos se han ocupado de estudiar cuidadosamente cómo definir el contexto; en contraste, la mayoría de los contextualista epistémicos se apoyan en una noción de contexto intuitiva y un tanto vaga. En concordancia con ello, nos limitaremos a exponer sólo algunos de los rasgos que conforman el contexto de la emisión de un término y que son relevantes para la comprensión de los deícticos.

John Perry señala que los deícticos involucran un uso semántico del contexto porque éste sigue siendo relevante para determinar el significado del término incluso cuando ya se sabe qué idioma, qué términos específicos y que acepciones están siendo empleados. De acuerdo con Perry, en el caso de los deícticos “el significado *explota* el contexto para desempeñar su función,”⁵⁸ porque sin el contexto no es posible determinar el referente. Esto se debe a que el significado de los deícticos dirige la atención a ciertos aspectos del contexto en el que se emplean, los cuales son necesarios para poder fijar la referencia. Lo anterior es evidente sobre todo cuando no es posible saber a qué se refiere una expresión que emplea deícticos porque no están disponibles esos aspectos del contexto. Por ejemplo, si al regresar de un viaje veo en la puerta de mi casa una nota que sólo dice “Mañana regresaré a buscarte de nuevo.” no puedo saber qué día regresará la persona que escribió la nota porque desconozco aspectos del contexto en el que fue emitida que son relevantes para saber a qué día se refiere, tales como la fecha en que fue escrita. Así pues, factores como el hablante, la persona a quien se dirige, el tiempo y el lugar en que se da la emisión son algunos de los componentes del contexto que permiten determinar la referencia de los deícticos.

⁵⁷ Kaplan D. (1989) p. 522

⁵⁸ Perry, J., (1997) “Indexicals and demonstratives.” En Hale, B. y Wright, C., *A Companion to the Philosophy of Language*, Oxford: Blackwell , p. 594

3.2 Los deícticos como modelo semántico del verbo “saber”.

El contextualismo epistemológico se basa en la idea de que las atribuciones de conocimiento son sensibles al contexto en el que se emiten. En concordancia con ello, los contextualistas están comprometidos con aceptar que en algún sentido “saber” es un término sensible al contexto en el que se emite. Asumir este compromiso implica a su vez proponer un modelo lingüístico que permita explicar la sensibilidad contextual del verbo “saber”, lo cual ha generado cierto disenso entre los contextualistas pues algunos consideran que el contenido de “saber” varía contextualmente como lo hace el de los deícticos, mientras que otros proponen que más bien es análogo al contenido de adjetivos calificativos como “alto”. La mayoría de los contextualistas siguen a Stewart Cohen y proponen los deícticos como modelo semántico de la sensibilidad contextual del término “saber”.⁵⁹ Otros teóricos como Hamburger y recientemente DeRose favorecen la idea de que “saber” es un término que funciona de modo semejante a adjetivos como “largo” o “alto”.⁶⁰

Gran parte de las críticas que ha recibido el contextualismo epistemológico atacan este flanco de la teoría porque los datos lingüísticos que arroja el uso del verbo “saber” parecen ser fundamentalmente diferentes de los que arrojan términos que sí son claramente sensibles al contexto, como los deícticos o la mayoría de los adjetivos comparativos. En ese sentido Jason Stanley cuestiona que las adscripciones de conocimiento sean semánticamente análogas a los términos como “alto” y “plano” que están ligados a grados o escalas (por ejemplo, “alto” está ligado a una escala de estatura que sirve para hablar de grados de altura, como cuando se compara la altura de dos personas).⁶¹ Un ejemplo que ilustra dicha diferencia entre las atribuciones de

⁵⁹ Cfr. Cohen, Stewart (1988), “How to be a Fallibilist”, *Philosophical Perspectives*, no. 2 y (1999) “Contextualism, Skepticism, and The Structure of Reasons”, *Philosophical Perspectives*, no. 13

⁶⁰ Hamburger (1987) “Justified Assertion and the Relativity of Knowledge”, *Philosophical Studies*, 51, p. 262 y DeRose (2006) “‘Bamboozled by Our Own Words’: Semantic Blindness and Some Arguments Against Contextualism”, *Philosophy and Phenomenological Research*, 73, p. 330

⁶¹ Stanley (2004) “On the Linguistic Basis for Contextualism”, *Philosophical Studies*, 119-146 Dado que no es el propósito de este trabajo debatir las críticas al contextualismo, basta mencionar que para demostrar que “saber” no es sensible al contexto del modo en que lo son términos como “alto” o “plano”, Stanley cita numerosos ejemplos que según él evidencian que en el caso de las atribuciones de conocimiento no se puede hablar de grados, lo cual sí es posible en el caso de los adjetivos comparativos.

conocimiento y los adjetivos comparativos es el siguiente: es correcto decir que “Juan es muy alto” y que “Juan es más alto que Pedro”, pero no lo es decir que “Juan sabe *mucho* que los perros son mamíferos” ni que “Juan sabe que los perros son mamíferos *más* de lo que Pedro sabe que los perros son mamíferos”. Además, Stanley señala que en los casos paradigmáticos de sensibilidad contextual ésta se asocia a un término en particular y no a toda una oración, así que no es claro que se pueda sostener la tesis de que las oraciones de atribución de conocimiento son sensibles al contexto.

Por su parte John Hawthorne señala que, contrario a lo que sucede en el uso de los términos claramente sensibles al contexto como “plano”, en el uso del verbo “saber” no es posible aplicar técnicas de clarificación y dado que éstas hacen manifiesta la sensibilidad contextual, “saber” no es un término que posea esa propiedad.⁶² Según este autor, tales técnicas se emplean cuando alguien cuestiona una afirmación como “Este campo es plano” diciendo que en realidad tienen algunas irregularidades. En ese caso es posible *clarificar* o *rectificar*, alegando algo similar a lo siguiente: “En realidad yo quería decir que es plano para ser un campo de football.” De acuerdo con Hawthorne, no es posible hacer esto cuando se cuestionan las atribuciones de conocimiento. Por ejemplo, si yo digo “Yo no sé que P” en determinado momento y después alguien me reclama y dice “Tu sí sabías que P”, no es usual responder cosas como la siguiente: “Es verdad que yo sabía, pero en realidad lo que quise decir es que no sabía con certeza”; aunque mi primera afirmación fuese hecha en un contexto conversacional con estándares epistémicos más elevados que los de la segunda, no parecer haber manera de aclararlo coherentemente.⁶³

Por otro lado, incluso la sensibilidad contextual de los adjetivos comparativos ha sido puesta en duda por algunos filósofos del lenguaje, como Herman Cappelen y Ernie Lepore que apelan a reportes sobre actitudes proposicionales para argumentar que los adjetivos comparativos no son análogos a los deícticos y que, de hecho, “rico” no es un término sensible al contexto.⁶⁴ Así que renunciar a los deícticos como modelo semántico del verbo “saber” y proponer en su lugar a los adjetivos comparativos, no parece ser una solución definitiva al problema de encontrar el modelo semántico de la sensibilidad contextual del verbo “saber”.

⁶² Hawthorne (2004) *Knowledge and Lotteries*, New York and Oxford: Oxford University Press.

⁶³ Cfr. Hawthorne (2004) p. 105

⁶⁴ Cappelen y Lepore (2005) *Insensitive Semantics*, Oxford: Basil Blackwell

Los defensores del contextualismo han intentado hacer frente a estas críticas, pero no es claro que hayan logrado demostrar de manera concluyente que el verbo “saber” efectivamente sea sensible al contexto, así que el debate sigue abierto y no es el propósito de este trabajo ofrecer un panorama del mismo, ni mucho menos argumentar a favor de uno de los contendientes o refutar al otro. Así que con el fin de evitar las vicisitudes de este debate y debido a que los deícticos constituyen el ejemplo más claro de sensibilidad contextual, por mor del argumento se asumirá que éstos pueden fungir como modelo semántico del verbo “saber”. Con base en ello se intentará mostrar que la flexibilidad para atribuir conocimiento que se manifiesta en casos típicos de la vida cotidiana (y no sólo cuando están en juego argumentos escépticos), se puede explicar apelando a la idea de que el verbo “saber” es sensible al contexto de manera análoga a los deícticos.

La idea de que el verbo “saber” es un deíctico es compatible con la tesis fundamental del contextualismo epistemológico: las atribuciones de conocimiento son sensibles al contexto en el que se emiten.⁶⁵ En concordancia con dicha tesis, por contexto se entiende el de la atribución de conocimiento, que está constituido por factores relativos al sujeto que atribuye conocimiento, como sus intensiones, propósitos, expectativas, presuposiciones, etc.

Que las atribuciones de conocimiento sean sensibles al contexto significa que las condiciones de verdad de una oración de la forma “S sabe que P” o “S no sabe que P” pueden variar dependiendo del contexto en el que se emite, y por ende, puede variar su valor de verdad, lo cual también sucede en el caso de las oraciones que emplean deícticos. Como consecuencia, puede ocurrir que un hablante atribuya conocimiento de que P a un sujeto S, mientras que otro hablante se lo niegue sin que esto último sea incompatible con la afirmación del primer hablante. Por ejemplo,⁶⁶ el Dr. Watson dice que

- (1) “Crispin Wright sabe que el profesor Moriarty estuvo en su oficina esta tarde”

⁶⁵ Cfr. Cohen (1999) “Contextualism, Skepticism, and The Structure of Reasons”, *Philosophical Perspectives* 13, p. 57 y DeRose (1999) “Contextualism: An Explanation and Defense,” En Greco y Sosa, *The Blackwell Guide to Epistemology*, pp. 187-188

⁶⁶ El ejemplo aparece en Wright (2005) “Contextualism and Skepticism: Even-Handedness, Factivity, and Surreptitiously Raising Standards,” *The Philosophical Quarterly*, 55, quien a su vez lo elabora basándose en el ejemplo que expone DeRose (2004) “The Problem with Subject Sensitive Invariantism”, *Philosophy and Phenomenological Research*, 68.

y no tiene razones para dudarlo, dado que los tres almorzaron juntos y Moriarty les expresó su intención de estar en su oficina por la tarde. Aunado a ello, Watson no tienen ningún motivo en particular para preocuparse por el paradero de Moriarty. Pero Sherlock Holmes sí lo tiene porque está investigando un robo cuyo principal sospechoso es Moriarty. Holmes sabe que nadie –ni siquiera Wright- ha visto a Moriarty desde el almuerzo y concluye que

(2) “Crispin Wright no sabe si el profesor Moriarty estuvo en su oficina esta tarde”.

De acuerdo con el contextualismo epistemológico, (1) y (2) no se contradicen mutuamente, pues sus condiciones de verdad son diferentes por el hecho de que se dan en contextos de atribución diferentes. Además, tanto (1) como (2) son verdaderas en relación al contexto en el que se expresan. Cuando Watson afirma que Wright sabe, lo hace en un contexto en el que no hay nada importante en juego en relación con el paradero de Moriarty y por ende los estándares para que su atribución de conocimiento sea verdadera son bajos, lo que explica la verdad de (1) en ese contexto. En cambio, en el contexto de Holmes, los estándares para que sea verdad que Wright sabe que Moriarty estuvo en su oficina son mucho más altos porque está en juego determinar quién es el culpable de un robo, así que bajo los estándares epistémicos que rigen ese contexto (2) es verdadera.

Por lo tanto, para los contextualistas lo que ocurre con las afirmaciones de Watson y Holmes es análogo a lo que ocurre cuando Juan y Pedro dicen respectivamente

(3) “Yo estoy cansado”

(4) “Yo no estoy cansado”.⁶⁷

En este caso es perfectamente admisible que los dos estén diciendo la verdad y es absurdo pensar que lo que dice uno contradice al otro. Esto se debe a que la proposición semánticamente expresada por Pedro no es la negación de la proposición semánticamente expresada por Juan, porque cada una hace uso del término “yo”. Dado que este término es un deíctico cuya referencia cambia de hablante a hablante, las oraciones en las que se encuentra pueden no tener el mismo referente, lo cual a su vez

⁶⁷ El ejemplo es retomado de Stanley (2004) p. 122

implica que pueden tener diferente contenido a pesar de que empleen los mismos términos. Por ende, (4) no contradice ni es la negación de (3), porque el uso del término “yo” en (4) se refiere a Pedro, mientras que en (3) se refiere a Juan. Para los contextualistas algo similar ocurre con (1) y (2) porque consideran que el término “saber” es sensible al contexto de manera muy semejante a como lo son los deícticos.

De hecho, Stewart Cohen defiende explícitamente la idea de que “saber” es un deíctico y lo hace con la intención de dar cuenta de la posibilidad de que un hablante atribuya conocimiento a un sujeto, mientras que otro se lo niegue, sin que ello implique una contradicción entre lo que dicen ambos hablantes.⁶⁸ Como lo señala DeRose, las teorías contextualistas como ésta se desarrollaron con miras a ofrecer una solución al problema del escepticismo filosófico,⁶⁹ pero dado que están basadas en las prácticas cotidianas de atribución de conocimiento,⁷⁰ sirven para explicar lo que ocurre en casos ordinarios como el de Watson y Holmes.

Así pues, que el término “saber” sea considerado como un deíctico implica que “el contenido de las atribuciones de conocimiento variará de contexto a contexto”⁷¹. Nótese que aquí “contenido” se está empleando con el sentido que le da Kaplan a dicho término, ya que la proposición expresada por una oración de atribución de conocimiento varía dependiendo del contexto en el que se emite, del mismo modo en que varía el contenido de las oraciones que emplean deícticos.

En ese sentido, una parte del significado de la oración (3) está constituido por su contenido, el cual depende del contexto en el que se emite y si la misma frase es pronunciada por otro hablante, no tendrá el mismo contenido por el simple hecho de que el término “yo” referirá a otro hablante. De manera análoga, una parte del significado de (1) está constituida por su contenido –tal como lo entiende Kaplan-, el cual está ligado al contexto en el que se emite y si esa misma frase fuese pronunciada por Holmes en el contexto de la investigación del robo, su contenido sería diferente por el hecho de que en este contexto es necesario que el sujeto cumpla estándares epistémicos más altos para atribuirle conocimiento y en este contexto la proposición expresada por (1) sería falsa.

⁶⁸ Cfr. Cohen (1988) “How to be a Fallibilist,” *Philosophical Perspectives* 2, p. 97

⁶⁹ DeRose (1992) “Contextualism and Knowledge Attributions”, *Philosophy and Phenomenological Research*, 52, p. 917

⁷⁰ DeRose (2005) “The Ordinary Language Basis for Contextualism and the New Invariantism”, *The Philosophical Quarterly*, 55

⁷¹ Cfr. Cohen (1988) p. 98

Nótese que ello presupone que la proposición expresada por una oración de atribución de conocimiento es idéntica a las condiciones de verdad de dicha oración. Algo análogo sucede con las oraciones que emplean deícticos, ya que en ellas “el contenido está atado a las condiciones de verdad... es una proposición que encarna sus condiciones de verdad”.⁷²

Para cada deíctico hay ciertos aspectos del contexto que son relevantes para determinar su significado. Para “yo” el factor contextual más importante es quién es el hablante cada vez que se profiere el término, por ello es necesario saber quiénes son los hablantes de (3) y (4) para determinar a quién se refiere cada oración. Respecto al término “saber”, en cada contexto operan unos estándares que los sujetos deben cumplir para que sea verdad que saben algo. Por ello, conocer los contextos en que se emiten (1) y (2) permite comprender porque cada una es verdadera en su contexto. Este hecho concuerda con la observación de Kaplan de que en el caso de las oraciones que emplean deícticos, “la noción de verdad se ve relativizada al contexto”.⁷³

Lo anterior apoya la idea de que la sensibilidad contextual de las atribuciones de conocimiento es análoga a la de los deícticos en el sentido de que sus contenidos dependen del contexto en el que se emiten. Para completar esta analogía y mostrar que los deícticos pueden ser un buen modelo semántico para el verbo “saber”, hace falta explicar cómo se entendería su carácter (que, de acuerdo con Kaplan, es el otro constituyente del significado de los deícticos).

Además de un contenido sensible al contexto, los deícticos poseen otro tipo de significado denominado carácter (según la terminología acuñada por D. Kaplan) o significado lingüístico, constituido por las reglas o convenciones lingüísticas. De acuerdo con Kaplan, el carácter es el segundo tipo de significado de los deícticos y determina su contenido en los diferentes contextos, por ejemplo, “la regla ‘yo’ refiere al hablante o escritor’ es una regla para este segundo tipo de significado.”⁷⁴ En el caso de la mayoría de los deícticos es más o menos claro cuál es su carácter pues se trata de la regla semántica que determina cuál es el referente en cada contexto, v.g. el deíctico “yo” posee una regla semántica según la cual el referente es el sujeto que lo emite. Si

⁷² Perry (1997) p. 587

⁷³ Kaplan, D. (1989) p. 522

⁷⁴ Kaplan, D. (1989) p. 505

Juan es el hablante que emite (3) y Pedro el que emite (4), el uso de esta regla y permite determinar que en (3) el contenido de “yo” es Juan y en (4) es Pedro.

Ahora intentemos aplicar la distinción entre carácter y contenido acuñada por Kaplan al uso del verbo “saber” en las atribuciones de conocimiento. Teniendo en mente la formulación del contextualismo propuesta por DeRose, el carácter –en el sentido de Kaplan- de las atribuciones de conocimiento consistiría en la exigencia de que el sujeto de la atribución cumpla el estándar epistémico que opera en el contexto de la atribución. Del mismo modo en que hay una regla semántica para “yo” que constituye su carácter, se podría ofrecer una para “saber” basada en la propuesta contextualista de DeRose. Una formulación tentativa de dicha regla podría ser la siguiente: “‘saber’ designa el estándar epistémico que opera en el contexto de quien atribuye conocimiento y que debe ser cumplido por la creencia del sujeto de la adscripción para que tal creencia sea conocimiento’. Siguiendo a DeRose, un estándar epistémico es una esfera de mundos posibles epistémicamente relevantes o suficientemente cercanos al mundo real, a través de los que debe ser rastreada la verdad de la creencia del sujeto de la adscripción.⁷⁵ Así pues, atribuir conocimiento a un sujeto significa que, en un contexto dado, ese sujeto cumple con los estándares que operan en el contexto. Del mismo modo, negar que un sujeto sepa algo, significa que ese sujeto no cumple con los estándares epistémicos del contexto en cuestión. El contexto de quien atribuye conocimiento determina los estándares epistémicos, de tal manera que éstos pueden ser laxos o elevados dependiendo de lo que es relevante para el adscriptor en determinado momento. Por ende, si para el adscriptor está en juego algo muy importante o tiene en mente la posibilidad de que sea real alguna hipótesis escéptica, los estándares epistémicos se elevan.⁷⁶

Teniendo en mente cuál es el contexto de Watson al afirmar (1), se puede hacer uso de la regla para determinar que el contenido de “saber” en (1) es una esfera de mundos posibles epistémicamente relevantes en donde la creencia de Wright con respecto al paradero de Moriarty rastrea la verdad de ese hecho.

Asimismo, se puede usar la regla para determinar que cuando Holmes afirma (2), el contenido de “saber” es una esfera de mundos posibles diferente, que incluye

⁷⁵ Cfr. DeRose (1995) “Solving the Skeptical Problem”, *The Philosophical Review*, 104, pp. 21 y 34

⁷⁶ En otro apartado se expondrá detalladamente cuál es el mecanismo conversacional que DeRose postula para explicar cómo es que las hipótesis escépticas elevan los estándares epistémicos.

entre los mundos epistémicamente relevantes algunos en los que la creencia de Wright con respecto al paradero de Moriarty no puede rastrear la verdad de ese hecho. De manera que los estándares epistémicos que operan en el contexto de Watson son diferentes de los que operan en el de Holmes, los cuales son más elevados debido a que para él está en juego determinar quién es el culpable de un robo. Por ello la esfera de mundos posibles epistémicamente relevantes crece hasta incluir un mundo en el que, por ejemplo, Wright cree muchas cosas que le dice Moriarty (a pesar de que éste mienta) y por ello cree que es verdad que Moriarty estuvo en su oficina esta tarde sólo porque él le dijo en el almuerzo que ahí estaría. En ese mundo, Wright creería lo que Moriarty dijo aunque éste mintiese, de modo que la creencia de Wright no rastrearía la verdad y en consecuencia parece correcto afirmar que él no sabe dónde estuvo Moriarty.

Como se pudo observar, es posible dar cuenta de un ejemplo de la flexibilidad de las prácticas de atribución de conocimiento recurriendo a la terminología que Kaplan acuñó para explicar la semántica de los deícticos. Del mismo modo en que el carácter del término “yo” determina que al usarlo en diferentes contextos tendrá diferentes contenidos y por ende su uso en (3) se refiere a Juan y su uso en (4) se refiere a Pedro, se puede apelar a la idea de que el término “saber” posee un carácter que determina que su uso en (1) signifique que Wright tiene conocimiento del paradero de Moriarty porque los estándares epistémicos son bajos, mientras que en (2) signifique que no lo tiene porque los estándares son elevados. Al considerar que “saber” es semánticamente análogo a los deícticos se puede recurrir a la idea de que este verbo tiene un solo carácter –en el sentido de Kaplan- y explicar que las frases de Holmes y Watson parecen contradictorias sólo si se aíslan de sus respectivos contextos porque éstos determinan el contenido de cada expresión. Si no se toma en cuenta el contexto y se considera únicamente el carácter de las frases, parecería que (2) es la negación de (1) y que (4) es la negación de (3), pero no es así porque al expresarse en diferentes contextos, expresan diferentes proposiciones o, en términos de Kaplan, diferentes contenidos.

Como se puede observar, considerar a los deícticos como modelo semántico del verbo “saber” ayuda a explicar la flexibilidad en la práctica de atribuir o negar conocimiento a los sujetos, dependiendo del contexto, tal como sucede en (1) y (2). Dicha propuesta de modelo semántico encuentra apoyo en la idea de que la sensibilidad

contextual de las atribuciones de conocimiento implica que en ellas se emplea algún término que posee una naturaleza similar a la de los deícticos o que es sensible al contexto de manera análoga a éstos. En efecto, así como en los deícticos se da un uso semántico del contexto, también sucede lo mismo en el caso del verbo “saber”, lo cual se puede observar en el hecho de que el contexto es necesario para entender la diferencia entre las atribuciones de conocimiento en (1) y (2), y por qué éstas no se contradicen entre sí.

3.3 Caracterización general del contextualismo epistemológico.

Los argumentos escépticos constituyen un problema debido a que arrojan una conclusión que independientemente de sus premisas es inverosímil y que resulta paradójica cuando se considera que ha sido inferida deductivamente de unas premisas cuya aceptación no fue puesta en duda. Como se recordará, dichos argumentos tienen la siguiente forma:

1. No sé que no-H.
2. Si no sé que no-H, entonces no sé que O.

Por lo tanto, no sé que O.⁷⁷

Se puede observar que se trata de argumentos deductivos en los que la conclusión se sigue de premisas -que parecen ser verdaderas- vía *Modus ponens*, por lo que parece casi imposible refutarlos. A pesar de la fuerza persuasiva que pueda conferirles ser deductivamente válidos, estos argumentos son problemáticos debido a que generan un choque entre la intuición de que las premisas son verdaderas y la intuición de que la conclusión es falsa.

En el capítulo anterior se estudiaron las implicaciones de intentar resolver el problema del escepticismo filosófico apelando a la idea de que el escéptico distorsiona la noción ordinaria de conocimiento y se observó que tanto la defensa de esta idea como su rechazo son deficientes. Aceptar la idea de que el escéptico distorsiona la noción ordinaria de conocimiento no permite explicar cómo es que la conclusión escéptica

⁷⁷ Donde H es una hipótesis escéptica (por ejemplo, estoy soñando o soy un cerebro en una cubeta) y O es una proposición acerca del mundo externo que ordinariamente uno cree saber (por ejemplo, tengo manos).

contradice muchas de las prácticas ordinarias de atribución de conocimiento, pero rechazar esa idea deja sin explicación de dónde proviene la fuerza persuasiva de las premisas del argumento escéptico, de modo que resulta incomprensible por qué en un principio éste representaba un problema.

Por otro lado, también se consideró la posibilidad de resolver el problema refutando al escéptico, pero se concluyó que demostrar que sí es posible el conocimiento no es suficiente para explicar la paradoja de intuiciones que generan los argumentos escépticos. Este problema tampoco se soluciona revelando que el argumento escéptico depende de presuposiciones teóricas cuestionables o rechazando una de las premisas. Es por ello que se requiere una respuesta que se diferencie de los dos tipos de respuesta anteriores. A diferencia de una respuesta frontal que busca refutar al escéptico, el contextualismo epistemológico no considera necesario demostrar que hay conocimiento, pues toma como punto de partida el hecho de que en la vida cotidiana todo el mundo sabe muchas cosas. Más bien, uno de los principales objetivos de la respuesta contextualista es salvaguardar la idea de que la gente está en lo correcto al asumir que sabe muchas cosas. Pero al mismo tiempo el contextualismo pretende explicar la fuerza persuasiva con que el argumento escéptico genera el problemático conflicto entre intuiciones a favor de las premisas y en contra de la conclusión, así que no es viable rechazar alguna de las premisas del argumento. Estos son los objetivos de la respuesta contextualista al escepticismo, tal como lo señala DeRose: “Salvaguardar las intuiciones ordinarias respecto a que hay conocimiento y al mismo tiempo explicar la fuerza persuasiva de los argumentos escépticos (es la meta principal de la estrategia [contextualista])”.⁷⁸

De acuerdo con el contextualismo, en cada contexto conversacional operan diferentes estándares epistémicos, los cuales determinan el valor de verdad de las adscripciones de conocimiento que se hacen en cada contexto. De manera que una misma oración de la forma “S sabe que P” puede ser verdadera en contextos regidos por estándares epistémicos laxos, pero falsa en otro con estándares epistémicos más altos. En concordancia con esto, el escéptico logra establecer la inverosímil conclusión de que no hay conocimiento del mundo externo sólo porque a través de las premisas de su

⁷⁸ DeRose, (1995) p. 6 “To safeguard ordinary claims to know while at the same time explaining the persuasiveness of the skeptical arguments (is the goal of the [contextualista] strategy)”.

argumento eleva los estándares epistémicos a un nivel en el que su conclusión es verdadera. Sin embargo, dichos estándares no son los que rigen las adscripciones ordinarias de conocimiento, de manera que en el contexto de la vida cotidiana la conclusión a la que llega el escéptico es falsa. En efecto, cotidianamente no se expresan las premisas del argumento escéptico y por ende no se impone al conocimiento la condición de haber descartado cualquier hipótesis incompatible con la proposición que se pretende saber, por lo que ordinariamente es correcto afirmar que se saben toda clase de cosas respecto al mundo externo.

Cabe destacar que estrictamente hablando la tesis central del contextualismo epistemológico no es sobre el conocimiento, sino sobre el contenido semántico de las oraciones de atribución de conocimiento, pues lo que busca es evidenciar que éstas son sensibles al contexto de su emisión y con base en esto, poner de manifiesto que aquello que puede ser verdadero bajo determinados estándares epistémicos puede no serlo con respecto a otros.

Para el contextualismo epistemológico (a diferencia del invariantismo sensible que atiende al contexto del sujeto)⁷⁹ el contexto que importa para determinar la verdad de las atribuciones de conocimiento es el del adscriptor; el contexto del sujeto al que se le atribuye conocimiento sólo es relevante cuando éste y quien atribuye conocimiento son la misma persona. DeRose explica la diferencia que hay entre el contexto del adscriptor y el del sujeto para mostrar por qué para el contextualismo epistémico es importante el primero:

Las características del adscriptor establecen cierto estándar que el sujeto putativo de conocimiento debe cumplir para que la atribución de conocimiento sea verdadera: *afectan qué tan buena debe ser la posición epistémica del sujeto putativo de conocimiento para que de hecho sepa*. Por lo tanto, afectan las condiciones de verdad y el contenido o significado de la atribución. Por otro lado, las características del sujeto de

⁷⁹ A grandes rasgos, la idea central del invariantismo sensible o invariantismo moderado es que el conocimiento que pueda tener el sujeto –y no lo que es expresado en las oraciones de atribución de conocimiento– depende de ciertos factores relacionados con sus intereses prácticos o con las creencias del sujeto respecto a dichos intereses. Como se puede ver hay por lo menos dos diferencias importantes entre esta postura y el contextualismo: la primera de ellas es que el invariantismo sensible atiende al contexto del sujeto mientras que el contextualismo atiende al del adscriptor, y la segunda es que el invariantismo sensible se preocupa por lo que el sujeto sabe y no por las oraciones de atribución de conocimiento como lo hace el contextualismo. Dos de los representantes más importantes del invariantismo sensible son Jason Stanley y John Hawthorne. Uno de los escritos en los que Stanley defiende el invariantismo sensible es “Semantics in context” en Preyer, G. y Peter, G. (2005) *Contextualism in philosophy. Knowledge, meaning and truth*, Oxford, Oxford University Press; mientras que Hawthorne en (2004) *Knowledge and Lotteries*, New York and Oxford: Oxford University Press.

la adscripción determinan si el sujeto putativo cumple o no los estándares que se han establecido, y por ende pueden afectar el valor de la atribución *sin* afectar su contenido: *afectan que tan buena es la posición epistémica en la que está un sujeto putativo de conocimiento.*⁸⁰

Por lo tanto, para el contextualismo epistemológico es importante el contexto del adscriptor porque las oraciones de atribución de conocimiento son verdaderas o falsas dependiendo de un estándar epistémico y éste es determinado por el contexto conversacional del adscriptor, ya que él es quien hace la atribución de conocimiento y el estándar que ésta debe cumplir no puede fijarse en función de cosas que no siempre puede saber el adscriptor (como pueden ser los estados mentales del sujeto de la adscripción).

Por ejemplo, Keith le dice a su esposa que recuerda haber visto abierto el banco un sábado y la esposa de Keith afirma que “Keith sabe que el banco abre los sábados”. Esta oración es verdadera porque se emite en un contexto conversacional en el que para la esposa no es muy importante si efectivamente el banco abre o no los sábados. Pero sería falso atribuirle conocimiento usando esa misma oración en un contexto en el que es viernes y para la esposa es de vital importancia depositar el cheque de su sueldo antes de que termine la semana, por lo que no está dispuesta a confiar todo su sueldo a la memoria de Keith. En este contexto ella fijará estándares epistémicos que demandaran más de Keith para que sea verdad que él sabe que el banco abre los sábados y por ende en este contexto será verdadera la oración “Keith no sabe que el banco abre los sábados”⁸¹.

De acuerdo con el contextualismo, algo análogo a lo anterior sucede en el caso de la conclusión escéptica pues su valor de verdad depende del contexto en el que se emite: la oración “S no sabe que O” es verdadera en el contexto conversacional del argumento escéptico pero es falsa en contextos conversacionales ordinarios en los que no se menciona ninguna hipótesis escéptica. Por lo tanto, no representa una amenaza para las atribuciones ordinarias de conocimiento pues sólo es verdadera en el contexto al que ha dado lugar el argumento escéptico. Este contexto impone estándares epistémicos demasiado altos, diferentes de los de la vida cotidiana, en donde los

⁸⁰ DeRose, K. (1992) “Contextualism and knowledge attributions”, *Philosophy and Phenomenological Research*, p. 921

⁸¹ El ejemplo se encuentra en DeRose (1992)

contextos conversacionales se rigen por estándares epistémicos más laxos y bajo tales estándares la negación de la conclusión escéptica es verdadera. Sin embargo, es necesario explicar por qué parece que el argumento escéptico logra establecer que las adscripciones cotidianas de conocimiento incurren sistemáticamente en el error. Por ello es una tarea crucial del contextualismo epistemológico explicar cómo es que el escéptico logra elevar los estándares de conocimiento al grado de que su conclusión parece ser verdadera.

Este reto ha sido afrontado de diversas maneras por los defensores del contextualismo epistemológico, de los cuales Keith DeRose y David Lewis son dos de los más representativos. A continuación se explorará la explicación que cada uno de estos autores ofrece a la pregunta sobre cómo el escéptico logra elevar los estándares epistémicos para establecer persuasivamente su conclusión. Esta explicación sirve a la vez para dar cuenta de por qué esa conclusión no amenaza las atribuciones ordinarias de conocimiento, pues en última instancia, el contextualista pretende mostrar que el conflicto de intuiciones que aparentemente producía el argumento escéptico es precisamente sólo una apariencia:

De acuerdo con la solución contextualista, de lo que no nos damos cuenta es de que la negación del escéptico de que sabemos muchas cosas es perfectamente compatible con nuestras aseveraciones ordinarias de saber justo aquellas proposiciones que el escéptico niega que sepamos. Una vez que nos damos cuenta de esto podemos ver cómo es que tanto la negación del escéptico de que sabemos algo, como nuestras atribuciones ordinarias de conocimiento pueden ser correctas.⁸²

De manera que el contextualismo intenta mostrar que los argumentos escépticos no representan una amenaza real para las atribuciones ordinarias de conocimiento, sólo aparentan serlo. En efecto, el escéptico concluye que no sabemos nada en virtud de que ha elevado los estándares epistémicos a un nivel mucho más alto que el de los contextos ordinarios en los que es correcto afirmar que sabemos un gran número de cosas, así que la conclusión del escéptico y las atribuciones ordinarias de conocimiento en realidad no son incompatible porque pertenecen a contextos conversacionales diferentes.

⁸²DeRose (1995) "Solving the Skeptical Problem", *The Philosophical Review*, p. 5

3.4 ¿Cómo logra el escéptico elevar los estándares epistémicos?

3.4.1 Explicación de DeRose

De acuerdo con Keith DeRose, para resolver el problema del escepticismo es necesario explicar cómo es que a partir de unas premisas que inicialmente parecen plausibles el escéptico concluye que no es posible saber ni siquiera las cosas más simples del mundo externo, lo cual resulta implausible a la luz de la experiencia cotidiana. DeRose toma como punto de partida la idea de que el escéptico puede concluir que no hay conocimiento del mundo externo porque eleva los estándares de conocimiento, de modo que dicha conclusión no demuestra que bajo los estándares de la vida cotidiana sea incorrecto atribuir ese tipo de conocimiento. Gran parte del ensayo titulado “Solving the skeptical problem”⁸³ está dedicado a explicar cómo es que el escéptico eleva los estándares para el conocimiento de manera que sus premisas parezcan plausibles y el argumento parezca representar una amenaza para la práctica cotidiana de atribución de conocimiento.

Para dar cuenta de la verosimilitud de la primer premisa del argumento escéptico es necesario explicar por qué parece que no es posible saber que las hipótesis escépticas son falsas. Con el fin de lograr esto DeRose retoma la explicación del conocimiento en términos de Condicionales Subjuntivos de Robert Nozick,⁸⁴ en la cual juega un papel central la noción de sensibilidad de las creencias. DeRose señala que para Nozick la creencia de S en P es sensible al valor de verdad de P si y sólo si S no creería que P si P fuese falsa.⁸⁵ Por otro lado, la creencia de S en P es insensible si S creería que P a pesar de que P fuese falsa.⁸⁶ De acuerdo con la Explicación de los Condicionales Subjuntivos, generalmente se experimenta una fuerte tendencia a juzgar que un sujeto S no sabe que P cuando se considera que la creencia de S en que P es insensible. Por ejemplo, la creencia en que no ocurre una hipótesis escéptica como la del sueño es una creencia insensible, pues un sujeto S creería que no está soñando a pesar de que eso fuese falso,

⁸³ Cfr. DeRose (1995)

⁸⁴ Nozick, R. (1981). *Philosophical explanations*, Cambridge: Harvard University Press. Dado que no es el propósito de este trabajo ahondar en el análisis del conocimiento que propone Nozick, es suficiente señalar que la idea que da lugar a la noción sensibilidad es la idea de que las creencias deben rastrear a la verdad para que sean conocimiento.

⁸⁵ Cfr. DeRose (1995) p. 27

⁸⁶ Cfr. DeRose (1995) p. 18

es decir, a pesar de que S sí estuviese soñando. Eso sucedería debido a que la evidencia a favor de la creencia de S en que no está soñando sería indistinguible de la evidencia a favor de que sí está soñando, porque si S estuviese soñando las cosas no le parecerían ser diferentes y S tendría creencias muy semejantes a las que tiene cuando está despierto,⁸⁷ por ello parece que no es correcto afirmar que S sabe que no está soñando.

Así pues, para que la primer premisa sea plausible la hipótesis debe ser tal que produzca en el oyente del argumento la creencia en que la hipótesis no ocurre y a la vez el reconocimiento de que él tendría esta creencia a pesar de que la hipótesis sí ocurriese.⁸⁸ Es decir, los escenarios que plantean las hipótesis escépticas y la realidad tienen en común que sin importar que el sujeto se encuentre en la primera situación o en la segunda, creerá que no está en el escenario que plantea la hipótesis escéptica. Por ello el oyente tiende a pensar que no sabe que la hipótesis no ocurre.

Es importante notar que DeRose recurre a la Explicación de los Condicionales Subjuntivos para dar cuenta de la verosimilitud de la primera premisa, no de su verdad, ya que no acepta que dicha premisa sea verdadera en todos los contextos conversacionales porque aceptarlo implicaría rendirse ante la conclusión del argumento escéptico. Para evitar eso y al mismo tiempo resolver el conflicto de intuiciones que genera un argumento con dos premisas plausibles que arrojan una conclusión que no lo es, DeRose subraya que la primera premisa no es *simplemente* verdadera, sino que lo es sólo de acuerdo con estándares epistémicos inusualmente elevados.⁸⁹

Los estándares epistémicos son estándares para determinar si la posición epistémica de un sujeto con respecto a una creencia es lo suficientemente fuerte como para que cuente como conocimiento.⁹⁰ La fuerza de la posición epistémica de un sujeto S con respecto a la creencia de que P consiste en la capacidad de rastrear la verdad de

⁸⁷ Cabe mencionar que la mayoría de los filósofos reconstruyen de este modo el argumento escéptico que emplea la hipótesis del sueño, concediendo que en los sueños es posible creer que uno tiene experiencias que parecen ser exactamente iguales a las experiencias que uno tiene cuando está despierto, o en otras palabras, los sueños pueden ser tan vívidos que sería imposible distinguirlos de la realidad. Ernest Sosa está en desacuerdo con lo anterior pues cuestiona que en los sueños sea posible tener creencias basadas en experiencias fenomenológicas reales porque la fenomenología de los sueños es diferente de la fenomenología de las percepciones normales. Así que el argumento escéptico del sueño no se sostiene. Cfr. Sosa, E. (2007) "Dreams and Philosophy" en *Apt Belief and Reflective Knowledge*, Volumen 1, Oxford: Clarendon Press. Pp. 1-21

⁸⁸ Cfr. DeRose (1995) p. 18

⁸⁹ Cfr. DeRose (1995) p. 27 "AI's first premise, while not *simply* true, is true according to unusually high standards for knowledge."

⁹⁰ DeRose (1995) p. 36 "...the standards for knowledge (the standards for how good an epistemic position one must be in to count as knowing)..."

que P en una esfera de mundos posibles lo suficientemente cercano a la realidad, denominada esfera de mundos posibles epistémicamente relevantes.⁹¹ El contexto conversacional que determina la extensión de la esfera de mundos posibles en los que la creencia de un sujeto debe rastrear la verdad es el contexto del adscriptor. DeRose define el contexto conversacional del adscriptor en términos de lo que él llama “características objetivas” tales como aquello que se ha dicho en la conversación, la importancia de estar en lo correcto y mencionar una posibilidad; cuestiones “subjetivas” como las posibilidades que pueda estar teniendo en cuenta el adscriptor no serán tomadas en cuenta para determinar las condiciones de verdad de la adscripción y por lo tanto no son parte del contexto conversacional.⁹²

En ese sentido, un estándar epistémico es una condición que debe cumplir una creencia para que cuente como conocimiento y se debe entender como una esfera de mundos posibles (cuyo centro es el mundo real) epistémicamente relevantes, en los cuales una creencia debe rastrear la verdad para que cuente como conocimiento, esfera cuya extensión está determinada contextualmente.⁹³ El contexto conversacional determina qué tan lejanos serán los mundos posibles epistémicamente relevantes en los que la creencia de un sujeto debe rastrear la verdad para que cuente como conocimiento. Así, por ejemplo, al mencionar la primer premisa del argumento escéptico se expande la esfera de mundos posibles en los que la creencia de S en que no ocurre una determinada hipótesis escéptica debe rastrear la verdad; debido a que la creencia en que no ocurre una determinada hipótesis escéptica es una creencia insensible, la esfera de mundos posibles epistémicamente relevantes abarca mundos posibles en los que S no creería que ocurre la hipótesis escéptica, a pesar de que sí ocurriese, es decir, se trata de una creencia que no rastrea la verdad y por lo tanto no puede ser considerada como conocimiento. En contraste, en un contexto conversacional cotidiano no se mencionan hipótesis escépticas y la esfera de mundos posibles epistémicamente relevantes en los que las creencias deben rastrear la verdad no incluye mundos posibles tan lejanos.

Si la creencia del sujeto rastrea la verdad en los mundos posibles más cercanos al real dentro de la esfera de mundos posibles epistémicamente relevante, entonces la posición epistémica del sujeto con respecto a dicha creencia es lo suficientemente fuerte

⁹¹ DeRose (1995) p. 34

⁹² Cfr. DeRose (1992) pp. 914-916

⁹³ Cfr. DeRose (1995) p. 36

como para que cuente como conocimiento. Tal como se ha señalado, el contexto conversacional en el que se realiza una adscripción de conocimiento determina qué tan fuerte debe ser la posición epistémica del sujeto para que la atribución de conocimiento sea verdadera, es decir, determina la esfera de mundos posibles epistémicamente relevantes en los que la creencia del sujeto debe rastrear la verdad.⁹⁴

En el contexto de la vida cotidiana operan estándares epistémicos más o menos laxos, es decir, la esfera de mundos posibles epistémicamente relevante no es demasiado grande, así que el rastreo de la verdad de las creencias no tiene que ir demasiado lejos para que cuenten como conocimiento. Pero cuando se expresa la primera premisa del argumento escéptico se genera un contexto conversacional en el que los estándares epistémicos son muy altos, es decir, la esfera de mundos posibles epistémicamente relevantes se expande radicalmente hasta incluir aquéllos en los que las hipótesis escépticas son verdaderas. En esos mundos la creencia del sujeto con respecto a que no ocurre la hipótesis escéptica ya no rastrea la verdad, porque son mundos posibles en los que el sujeto tendría esa creencia aunque fuese falsa. Esto se debe a que las hipótesis escépticas producen en el oyente tanto la creencia de que la hipótesis no ocurre como el reconocimiento de que esta creencia es una creencia que él tendría aunque la hipótesis sí ocurriese (si no sucede eso, la hipótesis escéptica no fue elegida correctamente, por lo que no implica que sea imposible saber cualquier cosa del mundo externo).⁹⁵

DeRose explica el mecanismo conversacional que el escéptico emplea para elevar los estándares de conocimiento mediante la Regla de la Sensibilidad, según la cual:

cuando se afirma que un sujeto S sabe (o no sabe) alguna proposición P, los estándares para el conocimiento (los estándares de qué tan buena debe ser la posición epistémica para contar como conocimiento) tienden a elevarse, si es necesario, a un nivel tal que requieren que la creencia de S en P sea sensible para contar como conocimiento.⁹⁶

La Regla de la Sensibilidad dicta que al afirmar la primera premisa del argumento escéptico, los estándares epistémicos tienden a elevarse a tal grado que se vuelve necesario que la creencia en que no ocurre la hipótesis escéptica sea sensible para que cuente como conocimiento, pero dicha creencia es insensible, así que la primera premisa es verdadera. Esto sucede porque, de acuerdo con aquella regla, al afirmar que un sujeto

⁹⁴ Cfr. DeRose (1995) pp. 29, 34-36

⁹⁵ Cfr. DeRose (1995) pp. 18, 22-23

⁹⁶ DeRose (1995) p. 36

sabe que no ocurre la hipótesis escéptica se elevan los estándares para el conocimiento a un nivel en el que se requiere que la creencia en que no ocurre la hipótesis sea sensible para que pueda constituir conocimiento, pero dado que dicha creencia es insensible no puede ser conocimiento y por ende es verdad que el sujeto no sabe que la hipótesis no ocurre.

Es importante recalcar que afirmar que “S no sabe que no-H” (cuando la creencia de S en no-H es insensible) es lo que eleva los estándares de conocimiento a un nivel en el que esa afirmación es verdadera, es decir, el simple hecho de mencionar la primera premisa del argumento escéptico es lo que eleva los estándares de conocimiento. De ese modo, la creencia en que no ocurre la hipótesis no se ve amenazada en contextos ordinarios en los que no se menciona la primera premisa del argumento escéptico (a pesar de que es una creencia insensible). Es decir, los únicos contextos en los que S no sabe que no-H son aquellos en los que se han elevado los estándares epistémicos en virtud de la Regla de la Sensibilidad. DeRose explica este hecho en el siguiente pasaje:

Sabemos que no somos cerebros en cubetas, de acuerdo con los estándares bajos ordinarios para el conocimiento. Pero aunque la primera premisa es falsa cuando se evalúa de acuerdo con esos estándares bajos ordinarios, somos capaces de explicar su plausibilidad, como hemos visto, mediante el hecho de que los estándares altos bajo los que la primera premisa es verdadera son precisamente los estándares que pone en juego una afirmación o negación de la premisa.⁹⁷

Lo anterior es crucial en la resolución contextualista del problema que constituyen los argumentos escépticos, ya que permite preservar la intuición de que las adscripciones ordinarias de conocimiento son correctas. Esto se debe a que en el contexto ordinario no se menciona la hipótesis escéptica y, por ende, no es necesario descartarla para que sea verdad que un sujeto sabe algo del mundo externo. Así que en el contexto de la vida cotidiana la gente está en lo correcto al atribuir conocimiento sin tomar en cuenta si el sujeto de la atribución sabe que no ocurre ninguna hipótesis escéptica incompatible con lo que pretende saber.

Cabe mencionar que si es suficiente mencionar o tener en cuenta la hipótesis escéptica para elevar los estándares epistémicos a un grado tal que la conclusión del

⁹⁷ DeRose(1995) p. 39

escéptico resulta ser verdadera,⁹⁸ entonces se puede acusar al teórico contextualista de ser incapaz de defender la verdad de las atribuciones ordinarias de conocimiento porque al estudiar el argumento escéptico debe considerar la hipótesis escéptica, lo cual eleva los estándares epistémicos a un grado en el que ninguna de las atribuciones ordinarias de conocimiento puede ser verdadera. Sin embargo, el teórico contextualista podría salvarse de dicha acusación al señalar que el contexto en el que él está tomando en cuenta la hipótesis escéptica es el contexto de quien evalúa la adscripción de conocimiento, no el del adscriptor. En el contexto del adscriptor los estándares epistémicos se elevan porque éste menciona la hipótesis, pero cuando el teórico evalúa la adscripción de conocimiento no está usando la hipótesis, más bien la está mencionando, es decir, la está tomando en consideración para estudiar cómo y por qué se elevan los estándares epistémicos cuando la usa el adscriptor.⁹⁹

Con respecto a la plausibilidad de la segunda premisa, DeRose sostiene que ésta es verdadera sin importar qué tan altos o bajos sean los estándares para el conocimiento. Tal como la presenta este filósofo, la segunda premisa del argumento escéptico es una ejemplificación del Principio de Clausura. Líneas arriba se mencionó que de acuerdo con la teoría contextualista del conocimiento que propone DeRose, qué tan fuerte debe ser la posición epistémica de un sujeto para que una atribución de conocimiento que un hablante le hace a ese sujeto sea verdadera, es una cuestión sensible al contexto, es decir, puede variar de acuerdo con características del contexto conversacional del hablante.¹⁰⁰ Habiendo asumido la verdad del Principio de Clausura, DeRose determina la fuerza de la posición epistémica de un sujeto con respecto a la segunda premisa del

⁹⁸ ¿Es suficiente mencionar la hipótesis escéptica para que sea epistémicamente relevante y eleve los estándares epistémicos? Al parecer no, pues es posible tener plena consciencia de la posibilidad que plantea una hipótesis escéptica, pero aun así ignorarla. Al ser confrontados con hipótesis escépticas, normalmente lo que hace la mayoría de la gente es ignorarlas con la finalidad de adscribir conocimiento, a pesar de que entiendan la hipótesis y sus implicaciones. Algo análogo suceder cuando yo decido ignorar a un determinado sujeto en una fiesta: si lo ignoro no es porque yo no esté consciente de su presencia, al contrario, debo ser consciente de su presencia para poder ignorarlo. De acuerdo con Williams, lo mismo sucede en el ámbito de la epistemología: es posible ignorar posibilidades aunque se tenga plena consciencia de ellas, por ejemplo, ignorar las hipótesis escépticas a pesar de estar consciente de que son una posibilidad. Por ende, para Williams es un error confundir el hecho de ignorar una posibilidad con no estar consciente de ella, tal como lo hace David Lewis con su Regla de la Atención. Cfr. Williams, M. (2000) "Is contextualism storable?", *Philosophical Issues*, 10: 80-85

⁹⁹ La idea de recurrir a la distinción entre uso y mención de la hipótesis escéptica para explicar cómo el teórico contextualista logra salvarse de aquella posible objeción es del Dr. Miguel Ángel Fernández, quien me la comentó como una posible solución al problema que plantea Lewis al afirmar que la epistemología "destruye" el conocimiento.

¹⁰⁰ Cfr. DeRose(1995) p. 29

argumento de la siguiente manera: la fortaleza relativa de la posición epistémica de un sujeto respecto a diferentes proposiciones en una misma situación puede ser la misma en caso de que si S sabe que P, entonces S sabe que Q, y si S no sabe que Q, entonces S no sabe que P; en tal caso la posición epistémica de S con respecto a Q es tan fuerte como lo es con respecto a P. Teniendo en cuenta este hecho si la hipótesis escéptica H efectivamente es incompatible con la proposición P que se pretende saber, entonces la posición epistémica de un sujeto S para saber que P no es mejor que su posición para saber que no-H, sin importar qué tan altos sean los estándares para el conocimiento. Es por ello que las ejemplificaciones de la segunda premisa del argumento escéptico resultan plausibles, pues son verdaderas bajo cualquier estándar epistémico (cuando la hipótesis se elige correctamente).¹⁰¹

Teniendo en cuenta lo anterior es posible explicar cómo es que el escéptico llega a una conclusión tan paradójica: tan solo debe elegir correctamente la hipótesis H para que la posición epistémica de S con respecto a la creencia en que no-H sea tan fuerte como su posición epistémica para saber que O, con lo cual cualquier creencia que S tenga de que no-H será insensible. En ese caso, al afirmar la primera premisa del argumento se elevan los estándares de conocimiento a un nivel en que la premisa es verdadera, en virtud de la Regla de la Sensibilidad. Puesto que la segunda premisa es verdadera en estos estándares de conocimiento tanto como lo es en otros, se sigue que la conclusión es verdadera en el contexto del argumento. Esto no representa una amenaza para las adscripciones ordinarias de conocimiento porque en el contexto de la vida cotidiana no operan estándares epistémicos tan elevados, pues no se menciona la primera premisa del escéptico.

De modo que las nociones de sensibilidad de las creencias y de fuerza de la posición epistémica son centrales en la respuesta contextualista que propone DeRose. Como se pudo observar, este filósofo se apoya en aquellas nociones para resolver el problema que representan las intuiciones encontradas de la plausibilidad de las premisas y la falsedad de la conclusión del argumento escéptico. Teniendo en cuenta la noción de sensibilidad, DeRose formula la Regla de la Sensibilidad para explicar cómo es que el escéptico logra elevar los estándares de conocimiento al grado en que se vuelve necesario que sea sensible la creencia de que no es verdadera la hipótesis escéptica antes

¹⁰¹ Cfr. DeRose (1995) pp. 29-32

de que pueda constituir conocimiento, lo cual da cuenta de la plausibilidad de la primer premisa del argumento escéptico. Las intuiciones a favor de la segunda premisa obedecen al hecho de que es verdadera bajo cualquier estándar epistémico porque la posición epistémica de un sujeto S respecto a no-H no puede ser mejor que su posición epistémica respecto a O cuando la hipótesis escéptica H ha sido elegida correctamente.¹⁰² En ese contexto, la conclusión del escéptico resulta ser verdadera porque la primera premisa ha elevado los estándares de conocimiento y la posición epistémica de los sujetos con respecto a cualquier proposición ordinaria no es más fuerte que la que se tiene con respecto a que no ocurre la hipótesis escéptica.¹⁰³ Sin embargo, puede parecer falsa cuando los sujetos que la juzgan son semánticamente ciegos a la sensibilidad contextual de las atribuciones de conocimiento y juzgan la conclusión escéptica teniendo en cuenta los estándares epistémicos del contexto ordinario y no los del argumento escéptico.¹⁰⁴

Por lo tanto, la conclusión del argumento escéptico es aceptada como verdadera sólo en virtud de que se han elevado los estándares de conocimiento, por lo cual dicho argumento no amenaza la verdad de las adscripciones cotidianas del conocimiento de proposiciones sobre el mundo externo¹⁰⁵.

En contraste con la propuesta de Stroud, la solución contextualista de DeRose al problema del escepticismo hace justicia a las prácticas epistémicas de la vida cotidiana en las que las atribuciones de conocimiento no se juzgan mediante los estándares que impone el argumento escéptico. Al mismo tiempo logra explicar de dónde proviene la fuerza persuasiva de las premisas del argumento sin asumir que el escéptico es fiel a la noción ordinaria de conocimiento, lo cual constituye otra diferencia importante entre la propuesta de DeRose y la de Stroud. Debido a que este último considera que el escéptico no distorsiona el significado del término “saber”, enfrenta la pregunta sobre por qué cualquier sujeto debe eliminar la hipótesis escéptica antes de que se le atribuya

¹⁰² Cfr. DeRose (1995) p. 31

¹⁰³ Cfr. DeRose menciona la razón por la cual esto es cierto en la nota 33 a pie de página, donde señala que “frecuentemente las ejemplificaciones de la segunda premisa del Argumento de la Ignorancia son ejemplificaciones del Principio de Clausura... cuando un condicional es una ejemplificación del principio de clausura, el hecho relevante comparativo que involucra la fortaleza de la posición epistémica se cumple”. En este caso tal hecho es que la posición epistémica con respecto a cualquier proposición ordinaria no es más fuerte que la que se tiene con respecto a que no ocurre la hipótesis escéptica.

¹⁰⁴ Cfr. DeRose (2006)

¹⁰⁵ Cfr. DeRose (1995) p. 38 “Argument from ignorance doesn’t threaten the truth of our ordinary claim to know the very Os our knowledge of which the skeptic attacks.”

conocimiento, pregunta que Stroud al parecer no logra responder satisfactoriamente. Para la solución contextualista de DeRose dicha pregunta no representa un problema, pues

El hecho de que el escéptico pueda establecer estándares de conocimiento muy altos bajo los cuales no vivimos no tiene ninguna tendencia a mostrar que no satisfacemos los estándares más relajados que están en juego en las conversaciones y debates más ordinarios.¹⁰⁶

Así, esta propuesta logra dar cuenta de por qué ordinariamente no es necesario que el sujeto elimine las hipótesis escépticas para que se le atribuya conocimiento, a la vez que defiende la intuición de que las prácticas ordinarias de atribución de conocimiento son generalmente correctas.

3.4.2 Explicación de Lewis

En el ensayo “Elusive knowledge” David Lewis explica la manera en que el escéptico eleva los estándares de conocimiento tomando como punto de partida la siguiente definición de conocimiento: “Un sujeto S sabe que P si y sólo si P es verdad en todas las posibilidades que no han sido eliminadas por la evidencia de S; o lo que es equivalente, si y sólo si la evidencia de S elimina todas las posibilidades en que no-P.”¹⁰⁷ Las posibilidades que no han sido eliminadas por la evidencia son aquellas en donde toda la experiencia perceptiva y recuerdos del sujeto son iguales a las que de hecho está teniendo actualmente. La experiencia E (experiencia perceptiva o recuerdos) elimina una posibilidad W cuando la existencia de dicha experiencia entra en conflicto con W porque W es una posibilidad en la que el sujeto no podría estar teniendo la experiencia E.¹⁰⁸ Por ejemplo, la experiencia perceptiva de escuchar ruido en el apartamento contiguo elimina la posibilidad de que el apartamento esté vacío.

Al hablar de que S sabe que P si su evidencia elimina “todas” las posibilidades en que no-P debe entenderse que dicha cuantificación está restringida a un dominio limitado que está dado en cada caso por el contexto conversacional, de modo que hay

¹⁰⁶ DeRose(1995) p. 38

¹⁰⁷ Lewis, D. (2000) “Elusive knowledge”, en *Epistemology. An anthology.*, editado por Sosa, E., y Kim, J., Oxford, Blackwell, p.504

¹⁰⁸ Cfr. Lewis (2000) p. 506 Nótese que E **no** elimina W en el sentido de que el contenido proposicional de la experiencia esté en conflicto con W.

posibilidades que están fuera del dominio y por ende son irrelevantes para la verdad de la adscripción de conocimiento. Esto implica que en muchos casos es correcto ignorar algunas de las posibilidades que no han sido eliminadas porque son irrelevantes en el contexto conversacional en cuestión. Siendo así, se debe agregar a la definición anterior que S sabe que P si y sólo si la evidencia de S elimina todas las posibilidades en que no-P, con excepción de aquellas posibilidades que están siendo ignoradas con propiedad o correctamente.¹⁰⁹

Lewis formula una serie de reglas conversacionales que especifican cuándo no es correcto ignorar una posibilidad y otras que especifican cuándo es correcto hacerlo. Entre las primeras se encuentran la Regla de Realidad, Regla de la Creencia y Regla de Semejanza. Entre las segundas se encuentra la Regla de Atención, según la cual

Cuando decimos que una posibilidad *es* correctamente ignorada, queremos decir exactamente eso; no queremos decir que *podría haber sido* correctamente ignorada. De acuerdo con esto, una posibilidad que no se ignora es *ipso facto* una que no se ignora correctamente. Lo que es y lo que no es correctamente ignorado es una característica del contexto conversacional particular.¹¹⁰

Esta regla es el principal recurso de Lewis para explicar cómo es que el escéptico eleva los estándares de conocimiento a tal grado que la conclusión de su argumento parezca verdadera, pues en virtud de esta regla es suficiente mencionar la hipótesis escéptica para que *ipso facto* deje de ser una posibilidad ignorada y se vuelva relevante. Si la hipótesis escéptica ha sido elegida correctamente,¹¹¹ la evidencia no elimina la posibilidad de que la hipótesis no ocurra, por lo que una vez introducida en el contexto conversacional (de quienes atribuyen conocimiento a S, aunque quien realiza dicha práctica puede ser S), S no sabe que la hipótesis no ocurre. Una vez que la primer premisa del argumento escéptico ha sido aceptada, es lógico aceptar la segunda (o al menos lo es para Lewis y el resto de los filósofos que no cuestionan el Principio de Clausura) y acto seguido, la conclusión.

¹⁰⁹ Se empleará la expresión “correctamente ignoradas” para traducir “properly ignored”.

¹¹⁰ Lewis (2000) p. 510 “When we say that a possibility *is* properly ignored, we mean exactly that; we do not mean that it *could have been* properly ignored. Accordingly, a possibility not ignored at all is *ipso facto* not properly ignored. What is and what is not being ignored is a feature of the particular conversational context.”

¹¹¹ Es decir, es tal que si la hipótesis ocurriese, la evidencia disponible sería indistinguible de la que estaría disponible si no ocurriese.

Así pues, según Lewis una vez que se ha mencionado una posibilidad de error que la evidencia no puede eliminar “porque toda la experiencia perceptiva del sujeto y sus recuerdos en esa posibilidad son justo como realmente lo son”¹¹² (tal como lo son las hipótesis escépticas), esa posibilidad deja de ser ignorada, lo cual genera un contexto en el que las atribuciones ordinarias de conocimiento son falsas. De este modo, al mencionar la posibilidad de que ocurra la hipótesis escéptica, el argumento escéptico provoca un cambio de contexto y por ende el valor semántico del término “saber” cambia también, pues para Lewis es un término dependiente del contexto.¹¹³

Si bien tanto para Lewis como para DeRose es suficiente mencionar la hipótesis escéptica para que cambie el contexto, la diferencia entre ambos radica en que la postura del primero tiene un sesgo internista, mientras que la del segundo es más bien de corte externista. Para DeRose es necesario que una creencia rastree la verdad de los hechos para que cuente como conocimiento. Lewis no recurre a nociones externistas como la de “rastreo de verdad” y propone que una creencia es conocimiento cuando la evidencia del sujeto elimina todas las posibilidades en que es falsa dicha creencia.

Por otro lado, de acuerdo con Lewis es sólo en el contexto de las indagaciones epistemológicas donde el argumento escéptico parece irresistible y el conocimiento se vuelve elusivo... o más bien “es destruido por la epistemología”.¹¹⁴ Mas es destruido sólo temporalmente pues en el contexto de la vida cotidiana o en el de la ciencia la posibilidad de ser engañado por un genio maligno (o cualquier otra posibilidad involucrada en una hipótesis escéptica) se ignora correctamente y la conclusión del argumento escéptico es falsa. Esta es otra similitud entre la propuesta de Lewis y la de DeRose, ya que ambos limitan el alcance de la conclusión al contexto del argumento escéptico para defender la idea de que en la vida ordinaria no es necesario cumplir las condiciones que el escéptico impone al conocimiento.

Pero como se recordará, en el apartado anterior se indicó que parecía haber un problema para la defensa que DeRose hacía del hecho de que las atribuciones ordinarias de conocimiento no se ven amenazadas por la conclusión del argumento escéptico, pues al señalar que los estándares epistémicos en contextos ordinarios son diferentes de los que se generan después de mencionar la hipótesis escéptica, ya se está considerando

¹¹² Lewis (2000) p. 505

¹¹³ Cfr. Lewis (2000) p.513

¹¹⁴ Cfr. Lewis (2000) p. 504-510.

dicha hipótesis, lo cual elevaría los estándares epistémicos a un grado en el que ninguna de las atribuciones ordinarias de conocimiento puede ser verdadera. En ese caso también parecía que el contexto de la indagación epistemológica destruía el conocimiento. Pero tal problema podía superarse al señalar que el contexto en el que el teórico contextualista está tomando en cuenta la hipótesis escéptica es el contexto de quien evalúa la adscripción de conocimiento, no el contexto del adscriptor.

Todo indica que Lewis no se percata de que podría recurrir a la estrategia anterior para evitar la problemática conclusión de que la epistemología destruye el conocimiento. Lewis no distingue entre el contexto del adscriptor y el del evaluador, diferencia que DeRose sí parecía estar suponiendo. Lewis no hace dicha distinción porque considera que el argumento escéptico sólo es enunciado por el epistemólogo y en el contexto de la epistemología los estándares epistémicos son precisamente los que el argumento impone, de manera que Lewis no diferencia al que evalúa las adscripciones de conocimiento (el epistemólogo) del que niega el conocimiento (el escéptico). Por ello concluye que “en el contexto estricto de la epistemología no sabemos nada, aunque en contextos más laxos sabemos muchas cosas.”¹¹⁵ Así que al no distinguir entre el contexto del evaluador o epistemólogo y el del adscriptor, Lewis se ve forzado a admitir que en el contexto del estudio del escepticismo filosófico todas las adscripciones de conocimiento son falsas.¹¹⁶

Sin embargo, a través de la Regla de la Atención, Lewis logra salvar la intuición de que las atribuciones ordinarias de conocimiento son generalmente correctas y al mismo tiempo explica cómo es que los argumentos escépticos elevan los estándares de conocimiento para amenazar la validez de dicha intuición.

No obstante, al parecer la respuesta al problema del escepticismo que este autor ofrece en “Elusive knowledge” se ve debilitada por una consecuencia devastadora para el conocimiento que se deriva de dos de las reglas que especifican cuándo no es correcto ignorar las posibilidades que no han sido eliminadas. Se trata de la Regla de la Realidad y de la Regla de la Semejanza, la primera de las cuales señala que la posibilidad que de hecho ocurre nunca se ignora correctamente y por ende es siempre relevante; la segunda señala que si una posibilidad se asemeja a otra que no está siendo ignorada, entonces

¹¹⁵ Lewis (2000) p. 504

¹¹⁶ El Dr. Miguel Ángel Fernández me hizo notar este problema en la postura de Lewis y cómo es que podría evitarse si Lewis distinguiese entre uso y mención de la hipótesis escéptica.

ésta tampoco debe ser ignorada. En virtud de la Regla de la Realidad y dado que la realidad es una posibilidad que no es eliminada por la evidencia de los sujetos, la realidad no es ignorada. En virtud de la Regla de la Semejanza, tampoco debe ser ignorada la posibilidad de que ocurra alguna hipótesis escéptica pues tales hipótesis implican que la evidencia disponible es indistinguible de la evidencia que de hecho se tiene. Como consecuencia la posibilidad de que ocurra una hipótesis escéptica siempre es semejante a la posibilidad que de hecho se da, i.e. la realidad, y por lo tanto, dada la Regla de la Semejanza, no hay ningún contexto en el que sea correcto atribuir conocimiento si no se ha eliminado la posibilidad de que ocurra una hipótesis escéptica incompatible con lo que se pretende saber.

La salida de Lewis a este problema consiste en postular una excepción *ad hoc* a la Regla de la Semejanza, especificando que nunca debe aplicarse a las hipótesis escépticas; pero a pesar de que esa excepción parezca carecer de justificación, este filósofo señala que tiene sentido en vista de la función de las atribuciones ordinarias de conocimiento.¹¹⁷

Lewis es consciente de que a pesar de que cualquier posibilidad que no sea eliminada por la evidencia del sujeto se asemeja a la realidad en un aspecto relevante (a saber, que la evidencia del sujeto en ambos casos es indistinguible) hay otros aspectos en los que sería muy diferente de la realidad.¹¹⁸ Si bien las diferencias entre la realidad y un mundo posible en el que ocurre una hipótesis escéptica podrían ser un recurso útil para argumentar que a esas situaciones no se les puede aplicar la Regla de la Semejanza, Lewis parece no optar por ese camino para solucionar el problema de que las hipótesis escépticas sean siempre relevantes y prefiere apelar a las prácticas ordinarias de atribución de conocimiento, en las que nunca se daría una combinación de las reglas de Semejanza y Actualidad de tal modo que la hipótesis escéptica se volviera relevante.

¹¹⁷ Cfr. Lewis (2000) p. 508

¹¹⁸ Los mundos posibles en los que ocurre alguna hipótesis escéptica y la realidad son diferentes en muchos sentidos a pesar de que la evidencia que pudiera tener un sujeto en ambos casos fuese semejante o indistinguible. Por ejemplo, un mundo posible en el que ocurre que el sujeto sea un cerebro en un cubeta es diferente de la realidad porque en ésta el sujeto tiene manos, camina por el bosque, come vegetales, etc.; nada de eso se da en el mundo posible en el que el sujeto es cerebro en cubeta. Lewis reconoce esta diferencia cuando habla de que la evidencia de un sujeto en ambos casos es indistinguible pero admite que en otros aspectos son completamente diferentes y señala que incluso el mundo posible donde el sujeto es radicalmente engañado por un genio maligno es diferente de la realidad. Cfr. Lewis (2000) p.508

Así pues, la postura de este filósofo también implica una defensa de la intuición de que las prácticas ordinarias de atribución de conocimiento son generalmente correctas.

3.5 ¿Se sostiene una acusación de respuesta *ad hoc* al escepticismo, en contra del contextualismo?

Independientemente de que se acepte que los argumentos escépticos involucran un cambio en los estándares epistémicos, cabe preguntar si en la vida cotidiana hay evidencia de la sensibilidad contextual de las atribuciones de conocimiento y si los argumentos escépticos son los únicos escenarios que involucran un cambio en los estándares para la aplicación correcta de términos epistémicos. Una respuesta positiva a estas preguntas convertiría al contextualismo epistémico en una respuesta *ad hoc* al problema del escepticismo, por ello el contextualismo epistémico se preocupa por buscar evidencia en la vida cotidiana de la sensibilidad contextual de los términos epistémicos y en particular del verbo “saber”. Dado que el propósito de este trabajo no es discutir si el contextualismo logra efectivamente presentar esa evidencia, a continuación simplemente se expondrá brevemente uno de los ejemplos más socorridos por los contextualistas como evidencia a favor la tesis de que las atribuciones ordinarias de conocimiento son sensibles al contexto en el que se emiten.

De acuerdo con DeRose, la mejor evidencia para aceptar la sensibilidad contextual de las atribuciones de conocimiento proviene de la flexibilidad con que ordinariamente se atribuye o niega conocimiento a los sujetos. Esto muestra que el contextualismo epistemológico tiene bases en el uso ordinario del lenguaje, las cuales constituyen el mejor tipo de evidencia para aceptar la sensibilidad contextual de las adscripciones de conocimiento.¹¹⁹ Así pues, los filósofos contextualistas señalan que - independientemente del contraste entre la conclusión del escéptico y las adscripciones de conocimiento ordinarias- hay ejemplos tomados de la vida cotidiana que dan cuenta de que el uso ordinario del verbo “saber” es sensible al contexto.

Para los filósofos contextualistas es un hecho que las prácticas ordinarias de atribución de conocimiento son sensibles al contexto en el que se emiten, es decir, las

¹¹⁹Cfr. DeRose (2005) p. 172

condiciones de verdad de una oración de atribución de conocimiento son dependientes del contexto. Para demostrar la sensibilidad contextual de las atribuciones de conocimiento estos filósofos frecuentemente recurren a ejemplos de conversaciones cotidianas que carecen de relación con las discusiones del escepticismo filosófico. Generalmente se trata de casos en los que inicialmente se dice que un sujeto sabe algo, pero posteriormente se presenta un caso en el que se niega que sepa eso mismo porque se toman en cuenta, por ejemplo, ciertos cursos de acción que no se estaban tomando en cuenta en un principio y que dependen de que el sujeto sepa casi con plena certeza. Así que los ejemplos tienen la intención de evidenciar la variabilidad de los estándares epistémicos que gobiernan el uso del verbo “saber” y mostrar que una oración de atribución de conocimiento puede ser verdadera en contextos donde operan estándares epistémicos laxos y la negación de esa misma oración también puede ser verdadera en otro contexto regido por estándares epistémicos más estrictos.

En “Contextualism and knowledge attributions” DeRose ilustra la sensibilidad contextual de las atribuciones de conocimiento con un ejemplo que se ha convertido en uno de los más citados en las discusiones en torno al contextualismo epistemológico y que ya sido mencionado en este trabajo (p. 46).¹²⁰ Como se recordara, se trata de dos casos de atribución de conocimiento, en el primero el sujeto afirma que sabe que el banco abre los sábados; en el segundo, el mismo sujeto afirma que no sabe que el banco abre los sábados. Como se verá a continuación, esta aparente contradicción se resuelve apelando a la sensibilidad contextual de las atribuciones de conocimiento.

En el Caso A, Keith y su esposa están conduciendo camino a casa un viernes por la tarde después de haber recibido sus cheques y planean detenerse en el camino para depositar los cheques en el banco, pero ven que la fila del banco es demasiado larga y Keith sugiere esperar al sábado para hacer el depósito porque no es de vital importancia hacer el depósito de inmediato. Su esposa objeta que probablemente el banco no abrirá el sábado porque muchos bancos no abren los sábados. Keith responde “Yo sé que el banco abre el sábado” y justifica su afirmación apelando a que recuerda haber ido hace dos semanas.

En el Caso B, Keith y su esposa están conduciendo camino a casa un viernes por la tarde después de haber recibido sus cheques y planean detenerse en el camino para

¹²⁰ Cfr. DeRose (1992)

depositar los cheques en el banco, pero ven que la fila del banco es demasiado larga y Keith sugiere esperar al sábado para hacer el depósito, pero esta vez es importante que el cheque sea depositado antes del lunes o de lo contrario vencerá y no tendrán dinero. Por ello, su esposa objeta que probablemente el banco no abrirá el sábado porque muchos bancos no abren los sábados y a pesar de que él haya estado ahí hace dos sábados, es probable que el banco haya cambiado sus horarios porque eso sucede con frecuencia. Así que lo cuestiona respecto a si en verdad sabe que el banco abrirá el sábado. Keith responde “Yo no sé que el banco abre el sábado.”

Para DeRose el ejemplo anterior es una muestra de la flexibilidad de las prácticas ordinarias de atribución de conocimiento, pues tanto en el caso A como en el caso B parecen razonablemente correctas y verdaderas las afirmaciones del sujeto. Podría parecer que las dos afirmaciones de Keith se contradicen sólo si se comparan sin tener en cuenta sus respectivos contextos.

Los contextualistas sugieren que los ejemplos como este evidencian la sensibilidad contextual de las atribuciones de conocimiento, pues en esos casos la importancia que tiene para fines prácticos que el sujeto esté en lo correcto tiende a elevar los estándares epistémicos, de manera que cuando para fines prácticos hay mucho en juego para el adscriptor no es verdad que el sujeto sabe, pero sí lo es cuando no hay mucho en juego en el contexto. En el ejemplo que ofrece DeRose inicialmente en el caso A no hay razones para dudar que el sujeto tenga conocimiento y además no es de suma importancia que sepa si estará abierto el banco, así que en ese contexto es correcto afirmar que sí sabe que el banco abre el sábado. Pero cuando es relevante un curso de acción que depende de que el sujeto putativo de conocimiento esté en lo correcto, como ocurre en el caso B, se trata de otro contexto en el que los estándares epistémicos son más altos y el sujeto no los satisface, por lo que en ese contexto es correcto negar que el sujeto sepa que el banco abre el sábado. Aparentemente la afirmación de Keith en el caso A se contradice con la del caso B, pero este aparente conflicto de intuiciones se evita al aceptar que la proposición expresada por una misma oración de atribución de conocimiento puede cambiar en diferentes contextos. De manera que si en el caso B Keith afirmara obcecadamente: “Yo sé que el banco abre el sábado”, parecería que está diciendo algo falso a pesar de que el uso de la misma oración en el contexto del caso A expresa una proposición verdadera.

Por lo tanto, los contextualistas sostienen que reconocer la sensibilidad contextual de las atribuciones de conocimiento permite explicar la tendencia ordinaria a atribuir o negar conocimiento a los sujetos dependiendo de cuestiones como los propósitos, intenciones, expectativas, presuposiciones y posibles cursos de acción del hablante que atribuye conocimiento a un sujeto. DeRose afirma que, dado que este tipo de evidencia proviene de las prácticas ordinarias de atribución de conocimiento, es la mejor evidencia que se puede ofrecer a favor de la sensibilidad contextual del verbo “saber”,¹²¹ así que no es posible sostener en contra del contextualismo epistemológico una acusación de respuesta *ad hoc* al escepticismo, pues la variación en los estándares epistémicos no sólo se da entre los del contexto del argumento escéptico y los de la vida ordinaria, sino que también se da en diferentes grados dentro de ésta.

Capítulo IV: Diferencia entre la respuesta contextualista al escepticismo filosófico y las propuestas de Stroud y Mark Kaplan.

En lo precedente se ha reflexionado sobre algunas propuestas para solucionar el problema generado por los argumentos que se sirven de hipótesis escépticas para concluir que es imposible saber algo sobre el mundo externo. Como ya se mencionó, estos argumentos son deductivamente válidos pero suscitan una paradoja entre las intuiciones a favor de las premisas y las intuiciones en contra de la conclusión, por lo que se planteó la pregunta de si este problema se debe a que el escéptico distorsiona la noción ordinaria de conocimiento. Después de estudiar una respuesta afirmativa (Mark Kaplan) y otra negativa (Barry Stroud) a tal pregunta se concluyó que ambas son deficientes a la hora de explicar aquel conflicto de intuiciones. Por ello se optó por estudiar la propuesta contextualista.

En vista de que una respuesta satisfactoria al escepticismo no debe incurrir en los errores que cometen M. Kaplan o Stroud, es necesario que ofrezca una explicación de la plausibilidad de las premisas del argumento escéptico y al mismo tiempo logre justificar la intuición de que las prácticas ordinarias de atribución de conocimiento son generalmente correctas, sin importar que –a diferencia de la conclusión del escéptico– no cumplan las exigencias que imponen las premisas del argumento. Una respuesta que alcanzase dichos objetivos estaría consumando dos de las principales aspiraciones que

¹²¹ Cfr. DeRose (2005) p. 191

persiguen la mayoría de los epistemólogos que intentan solucionar el problema del escepticismo: explicar por qué los argumentos escépticos constituyen un problema y defender las prácticas ordinarias de atribución de conocimiento de los embates del escepticismo. Como se verá a continuación, el contextualismo epistemológico es una respuesta al escepticismo que parece lograr ambos objetivos.

4.1 Diferencias entre el contextualismo y la postura de M. Kaplan.

En el segundo capítulo de este trabajo se señaló que una postura como la de M. Kaplan es útil para explicar por qué la conclusión del argumento parece ser falsa, pero es inaceptable como solución de la paradoja de intuiciones que generan los argumentos escépticos porque no puede dar cuenta de la plausibilidad de las premisas del argumento. Es decir, a la hora de enfrentar el argumento como un todo, las premisas son el principal problema para un defensor de la idea de que el escéptico distorsiona lo que ordinariamente se entiende por “saber”.

Como se recordará, M. Kaplan apelaba a la idea de que el escéptico distorsiona el significado cotidiano del verbo “saber”, para explicar la renuencia a aceptar la conclusión del argumento y la inclinación a juzgar que es falsa. En contraste, la estrategia que emplea el contextualismo para explicar la tendencia a considerar que la conclusión del argumento escéptico es falsa se basa en evidenciar la sensibilidad contextual de las atribuciones de conocimiento, para luego mostrar que la conclusión del escéptico es verdadera sólo en el contexto al que da lugar su argumento, no así en el contexto de la vida ordinaria. Esto se debe a que “al presentar su argumento, el escéptico manipula los estándares semánticos para el conocimiento, creando un contexto en el que puede decir *con verdad* que no sabemos nada o que sabemos muy poco.”¹²² Pero en el contexto de la vida cotidiana no tiene cabida la exposición del argumento escéptico, así que los estándares epistémicos que rigen las adscripciones de conocimiento en ese contexto son más laxos y no tiene sentido la conclusión del escéptico. Por el contrario, se considera que es verdad que los sujetos saben muchas cosas sobre el mundo externo sin importar si saben o no si están en un escenario como

¹²² DeRose (1995) p. 4

los que se plantean las hipótesis escépticas. Pero a pesar de que la conclusión del escéptico se da en el contexto en que se expone el argumento, hay una fuerte tendencia a rechazarla (prueba de ello es la gran cantidad de obras filosóficas dedicadas a intentar resolver el problema escepticismo). Esto se debe a que “en alguna medida los hablantes son ciegos en lo que respecta a la sensibilidad contextual de ‘saber’.”¹²³ Es decir, si al escuchar el argumento escéptico sobreviene la creencia de que la conclusión es falsa, es porque se están confundiendo los estándares epistémicos que operan en la vida cotidiana con los que operan en el contexto del argumento, lo que conduce a aplicar ciegamente los primeros al contexto de la discusión en torno al escepticismo y como consecuencia, al juzgar la conclusión del escéptico bajo los estándares epistémicos de la vida ordinaria, ésta parece ser falsa. DeRose denomina “ceguera semántica” a este fenómeno en el que se confunden los estándares epistémicos y se evalúa la verdad de alguna adscripción de conocimiento realizada en un contexto dado aplicando los estándares de otro contexto.¹²⁴

Mientras que la respuesta que da M. Kaplan a la pregunta por el rechazo hacia la conclusión del argumento escéptico consiste en afirmar que el escéptico distorsiona la noción ordinaria de conocimiento, la de DeRose se basa en la idea de que el verbo “saber” es sensible al contexto en el que se usa, a pesar de que los hablantes no se percaten de este hecho o sean “semánticamente ciegos” al respecto. Si bien ambos intentan explicar por qué la conclusión del argumento escéptico parece ser falsa, la superioridad del contextualismo epistemológico sobre la postura de Kaplan radica en su capacidad para dar cuenta de la plausibilidad de las premisas del argumento, lo cual se vuelve un problema sumamente difícil de resolver para Kaplan. En cambio, DeRose logra explicar la plausibilidad de las premisas del argumento escéptico postulando ciertas reglas y mecanismos conversacionales. Como se estudio en apartados anteriores, la explicación para la plausibilidad de la primer premisa se basa en la Regla de la Sensibilidad y la de la segunda, en el hecho de que es una ejemplificación de PC, además de que la fuerza de la posición epistémica de cualquier sujeto con respecto a no-

¹²³ DeRose (2006) p. 321

¹²⁴ DeRose retoma la expresión “ceguera semántica” de John Hawthorne (2004), quien la empleó para criticar el contextualismo. En su respuesta, DeRose (2006) argumenta que la “ceguera semántica” no es un problema que socave el contextualismo; de hecho, admite que los hablantes pueden llegar a ser “semánticamente ciegos” al usar del verbo “saber” e intenta ofrecer evidencia de ello.

H es igual a la fuerza de su posición epistémica con respecto a O, por lo que parece correcto afirmar que si no puede saber que no-H, tampoco puede saber que O.

Es importante destacar la diferencia entre la respuesta contextualista y una postura como la de Kaplan, ya que manipular los estándares epistémicos no es lo mismo que distorsionar el significado ordinario del verbo “saber”. Con el fin de esclarecer tal diferencia es necesario comentar someramente cuál es la diferencia que intuitivamente se da entre distorsionar y manipular el significado de un término.¹²⁵

Para entender en qué consiste distorsionar el significado de un término es útil el ejemplo que cita Stroud del sujeto que afirma que no hay médicos en Nueva York.¹²⁶ Dicha afirmación es desconcertante porque va en contra de lo que cotidianamente se considera verdadero al respecto, así que el sujeto es cuestionado y termina por aclarar que lo que él entiende por “médico” es una persona graduada en medicina y que es capaz de curar cualquier enfermedad en menos de dos minutos; acto seguido, la afirmación ya no parece tan inverosímil y tampoco puede decirse que contradiga la afirmación ordinaria de que sí hay médicos. Este ejemplo exhibe claramente la reacción que se suscita en un oyente ante una afirmación que contiene un término cuyo significado ha sido distorsionado: la afirmación es cuestionada o rechazada en un principio porque es incomprensible o va en contra de lo que normalmente se considera verdadero; una vez que se aclara que el término ha sido redefinido y se hace explícito cuál es su nuevo significado, desaparece la extrañeza que produjo inicialmente la afirmación y deja de ser rechazada, pasando a ser considerada con indiferencia debido que no expresa lo mismo que expresaría si el término hubiese sido empleado con el significado que se le atribuye ordinariamente.

En suma, las afirmaciones que involucran un término cuyo significado ha sido distorsionado, pueden no parecer plausibles y no tienen ninguna repercusión importante en las creencias o prácticas ordinarias porque en sentido estricto no hablan de lo mismo que cotidianamente habla la gente. Independientemente de cómo se fija el significado de las palabras (ese un problema filosófico es sumamente complejo y por ello no ahondaré

¹²⁵ El problema de distinguir entre manipular y distorsionar el significado de un término puede ser lo suficientemente complejo como para dar lugar a todo un trabajo de tesis en el ámbito de la Filosofía del Lenguaje. El presente trabajo de tesis no tiene la intención de aclarar por completo tal diferencia y por ello a continuación se ofrece una breve explicación que se considera útil para los propósitos de este trabajo de tesis.

¹²⁶ Cfr. Stroud (1991) p. 42

en el asunto), es posible reconocer en su uso un significado fijo que a su vez permite discernir cuál es el uso correcto del término. Por ejemplo, no habría sido posible reconocer que el sujeto que decía que no hay médicos en NY estaba modificando el significado de la palabra “médico” si ésta no tuviese un significado fijo que se manifiesta en cada uso correcto del término (independientemente de cuál sea significado en específico). Dicho ejemplo también muestra que al distorsionar el término “médico”, el sujeto estaba importando algo ajeno al significado ordinario de “médico”, es decir, dicha palabra ordinariamente se usa con un significado determinado y al distorsionarla se añadió al significado algo que no forma parte del uso correcto del término, por lo que no parecía plausible y generaba desaprobación (era innegable que se daba un uso incorrecto de la palabra).

La reacción que se produce en el oyente ante una afirmación que contiene un término cuyo significado solamente ha sido manipulado es diferente. Por ejemplo, un sujeto debe vigilar que su hermano menor no salga de casa mientras sus padres están de viaje en el extranjero, pero no lo hace y su hermano sale a patinar; en ese momento los padres llaman a casa para preguntar por el paradero del hijo menor, a lo que el mayor responde: “Está aquí.” En un principio los padres le creen, pero a los pocos minutos reciben una llamada del hospital para informarles que una joven atropelló a su hijo pero lo llevó de inmediato al hospital, por lo que está fuera de peligro. Lo que dijo el hijo mayor era plausible y por eso los padres lo creyeron inicialmente, lo cual no sucede en los casos de distorsión o redefinición de un término. Luego de recibir la llamada del hospital, los padres cuestionan al hijo mayor y éste se ve en la necesidad de justificar su afirmación alegando que al decir “aquí” se refería al barrio en el que viven. Los padres no pueden acusar al hijo de haber dicho algo falso pero se sienten engañados y tienen la impresión de que su hijo les mintió, a pesar de que reconocen que su afirmación es verdadera, así que quieren regañarlo pero están confundidos y no saben cuál es la mala acción que le van a recriminar.¹²⁷

Dicha reacción se debe a que el hablante no atribuye al término “aquí” un significado diferente del que los oyentes le atribuyen,¹²⁸ lo cual sí hacía el sujeto que

¹²⁷ Son padres racionales que no quieren que su hijo crea que lo castigan sin que haya una causa específica para el castigo.

¹²⁸ Si el sujeto estuviese distorsionando el significado de “aquí”, la justificación de su afirmación sería análoga a la que da el sujeto que dice que no hay médicos en Nueva York y en ella probablemente

afirmaba que no hay médicos en Nueva York. En este caso el hermano mayor manipula el significado de “aquí” aprovechando las características semánticas del término para confundir a los oyentes, es decir, no introduce en el significado ningún elemento ajeno al mismo, sino que juega con el propio significado del término aprovechando una de sus dimensiones semánticas: el carácter o significado lingüístico. Dado que se trata de un deíctico, su significado lingüístico determina cuál es su referente en los diversos contextos de emisión, sin embargo, no siempre es del todo claro a qué se refiere el uso del deíctico “aquí” pues al parecer la extensión de la ubicación que designa depende en alguna medida de la intensión del hablante, la cual puede ser inaccesible al oyente.¹²⁹ Es por ello que los padres consideran que no pueden rechazar la justificación que ofrece el hijo para su afirmación, pero al mismo tiempo tienen la impresión de que su hijo los engañó. El hablante se ha valido de la sensibilidad contextual del término “aquí” para manipular su significado y confundir a los oyentes de modo tal que éstos no puedan rechazar su afirmación a pesar de que les parezca que el hablante estaba diciendo algo falso.

Así que intuitivamente la diferencia entre distorsionar el significado de un término y manipularlo radica en que en el primer caso se introduce al significado ordinario del término algo que le es ajeno y no parece formar parte del uso correcto del término, por lo cual lo que dice el hablante puede parecer inverosímil o incomprensible y se da una fuerte tendencia a rechazarlo. Cuando lo que sucede es una manipulación del significado de un término, lo que dice el sujeto parece inicialmente plausible y puede confundir al oyente a tal grado que éste se sienta incapaz de rechazar la afirmación del hablante aun cuando pueda llegar a tener la impresión de que es falsa. Contrario a imponer algo ajeno al significado de un término, para manipularlo se hace uso de las características propias del significado del término, aprovechando una de sus dimensiones semánticas, por ejemplo. En el caso que se acaba de exponer, el hijo mayor

revelaría que ha redefinido el término de tal manera que para él significa ‘el barrio en el que vivo’ y a eso se refería cuando lo empleó. Pero el sujeto no justifica su afirmación de ese modo. De hecho, una justificación como esa parece inútil en la situación planteada y no permite entender por qué inicialmente a los oyentes les parece plausible la afirmación.

¹²⁹ No se pretende que esto sea un análisis semántico del deíctico “aquí”, que ha resultado ser uno de los más desafiantes para los filósofos del lenguaje; tan sólo es un intento por explicar sucintamente por qué es posible manipular el significado de “aquí”. Para una buena introducción al fenómeno de la deixis y al problema para explicar la designación del deíctico “aquí” se puede consultar el ensayo “Using indexicals” de John Perry.

no introduce nada extraño al significado usual de “aquí”, sino que toma ventaja de una de las dimensiones semánticas de ese deíctico (el carácter).

En términos de la diferencia que hay entre la propuesta de Mark Kaplan y la de DeRose, acusar al escéptico de distorsionar lo que ordinariamente se entiende por “saber” implica no tomarlo en serio porque está hablando de algo que no nos concierne, mientras que plantear que manipula algún aspecto de su significado implica reconocer que su argumento constituye un verdadero problema epistemológico.

4.2 Diferencias entre el contextualismo y la postura de Stroud.

Como se recordara, el acierto de la postura de Stroud radica en que, a diferencia de la de M. Kaplan, ofrece una explicación de la plausibilidad de las premisas del argumento escéptico. Pero este acierto conlleva un problema que no tenía que enfrentar Kaplan, i. e., dar cuenta de la tendencia a rechazar la conclusión del argumento escéptico debido a que contradice las prácticas ordinarias de atribución de conocimiento, que generalmente se consideran correctas.

Por ello se concluyó que una postura como la de Stroud no constituye una respuesta al escepticismo pues no da cuenta de por qué unas premisas que de entrada parecen plausibles conducen a una conclusión que parece implausible. Si como parece asumirlo Stroud, el escéptico no distorsiona la noción ordinaria de conocimiento, ¿cómo puede ser que la conclusión de su argumento contradiga las prácticas ordinarias de atribución de conocimiento, si se infiere deductivamente de premisas que presuponen la misma noción de conocimiento que se emplea en esas prácticas? Por lo tanto, a la hora de enfrentar el argumento como un todo, la conclusión constituye el principal problema para un defensor de la idea de que el escéptico no distorsiona el significado ordinario del término “saber”.

Es decir, el problema que enfrenta esta postura es el de dar cuenta de las intuiciones en contra de la conclusión del argumento escéptico. Stroud intenta explicar por qué la conclusión escéptica parece falsa, pero no consigue esclarecer el problema. En ese sentido, la superioridad del contextualismo sobre esta postura radica en que logra dar cuenta de por qué la conclusión del argumento escéptico parece ser falsa a pesar de que se infiere de premisas que en principio parecen plausibles.

Stroud reconoce que los oyentes del argumento sienten una fuerte inclinación a rechazar el razonamiento escéptico porque impone condiciones al conocimiento que parecen desviarse radicalmente de las que son aceptadas en la vida cotidiana. Para Stroud este hecho no se debe a que el escéptico formule su argumento concibiendo el conocimiento de manera diferente de la ordinaria, pues según él al negar que determinado sujeto sepa que tiene manos, el escéptico emplea la misma concepción del conocimiento que se emplea en la vida cotidiana al afirmar que el sujeto sí sabe que tiene manos, pero en la vida cotidiana dicha concepción “opera bajo los imperativos de la práctica social y la exigencias de la acción, la cooperación y la comunicación.”¹³⁰ Es decir, en la vida cotidiana las necesidades prácticas justifican gran parte de las adscripciones de conocimiento aunque no sean verdaderas o los sujetos no cumplan con todas las condiciones necesarias para saber. Así que según este filósofo, la conclusión del argumento escéptico es verdadera y si a algunas personas les parece que es falsa, es porque están acostumbradas a que no se exija el cumplimiento de las condiciones que impone el escéptico al conocimiento.

Lo anterior es inaceptable como explicación para las intuiciones en contra de la conclusión, ya que no tiene sentido que la conclusión pueda parecer falsa si en realidad es verdadera y cualquier persona reconocería que, “estrictamente hablando, debemos poder excluir la posibilidad de estar soñando si hemos de saber algo acerca del mundo que nos rodea”¹³¹. Este problema hace que la postura de Stroud sea deficiente en comparación con la propuesta contextualista de DeRose, según la cual el valor de verdad de las atribuciones de conocimiento depende del contexto en que se emiten, por lo que una misma oración de la forma S sabe que P puede ser verdadera en un contexto determinado, pero falsa en otro contexto donde operen estándares epistémicos más estrictos. Por ello, el contextualista puede afirmar que la conclusión del escéptico no representa una amenaza para la comprensión ordinaria del conocimiento, ya que sólo es verdadera en el contexto de su argumento porque a través de la primera premisa el escéptico ejecuta una maniobra conversacional que eleva los estándares epistémicos. Pero en la vida ordinaria la conclusión escéptica es falsa porque en ese contexto los estándares epistémicos son más laxos. Sin embargo, al enfrentar el argumento puede

¹³⁰ Stroud (1991) p. 65

¹³¹ Stroud (1991) p. 65

producirse la impresión de que la conclusión es falsa si se comete el error de juzgarla bajo los estándares epistémicos de la vida ordinaria, es decir, la conclusión puede parecer falsa si el oyente tiene un episodio de ceguera semántica.¹³²

Aunado a ello, es problemático aceptar que la comprensión que tiene el escéptico del conocimiento es correcta, pues va en contra de las prácticas ordinarias de atribución de conocimiento y éstas son la única fuente de reflexión disponible para la epistemología.¹³³ En contraste, el contextualismo preserva la intuición de que las prácticas ordinarias de atribución de conocimiento son generalmente correctas al sostener que la conclusión del escéptico es sólo el resultado de una maniobra conversacional que eleva los estándares epistémicos, por lo que no implica que las atribuciones de conocimiento ordinarias (regidas por estándares epistémicos menos demandantes) sean falsas. Esta es otra ventaja que tiene el contextualismo sobre una postura como la de Stroud.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo se ha sostenido que los argumentos escépticos constituyen un problema porque generan una paradoja de intuiciones a favor de las premisas y en contra de la conclusión. Este conflicto de intuiciones es problemático porque se suscita ante un argumento deductivamente válido, de manera que hace falta explicar por qué parece que la consecuencia lógica de unas premisas verdaderas es falsa. La renuencia a aceptar la conclusión del escéptico se debe al peso que tiene la intuición de que las prácticas ordinarias de atribución de conocimiento son correctas, en el sentido de que cotidianamente las oraciones en que se atribuye conocimiento a los sujetos son verdaderas a menos que el adscriptor se equivoque, en cuyo caso siempre es posible

¹³² En “‘Bamboozled by Our Own Words’: Semantic Blindness and Some Arguments Against Contextualism” DeRose intenta mostrar que la ceguera semántica respecto a la sensibilidad contextual del verbo “saber” ocurre frecuentemente y no es correcto interpretarla como evidencia que favorezca el invariantismo sobre el contextualismo. Hawthorne ejemplifica una postura invariantista. Cfr. Hawthorne, J. (2004) *Knowledge and Lotteries*, Oxford: Oxford University Press

¹³³ Kaplan, M. (2000) p. 300

detectar el error y corregirlo. Pero la conclusión del escéptico implica lo contrario, i.e., que en la vida cotidiana cada vez que se hace una adscripción de conocimiento se incurre sistemática e irremediabilmente en un error porque no se cumple la condición de haber descartado que no ocurre alguna hipótesis escéptica incompatible con lo que se pretende saber.

Lo anterior indica que resolver el problema de los argumentos escépticos implica al menos dos retos: explicar la paradoja de intuiciones que estos argumentos generan y defender la idea de que las prácticas ordinarias de atribución de conocimiento son generalmente correctas. Si bien es cierto que hay otras maneras de responder al escéptico (como las que se estudiaron en el primer capítulo), la reconstrucción del problema en términos de lo que se ha denominado “argumentos escépticos” exige una respuesta que necesariamente contemple estos dos desiderata. Teniendo esto en cuenta, inicialmente se planteó la hipótesis de que la conclusión del argumento escéptico podría ser tan problemática debido a que dicho argumento involucra una distorsión de la noción ordinaria de conocimiento y se examinaron las consecuencias de sostener una postura filosófica que favorezca esta idea.

Dicha postura es la de Mark Kaplan, quien tiene la intención de hacer justicia a las prácticas ordinarias de atribución de conocimiento y por ello alega que el escéptico distorsiona lo que se cotidianamente se entiende por “saber” imponiendo al conocimiento condiciones que se desvían radicalmente de las exigencias ordinarias y socavan toda adscripción de conocimiento del mundo externo. Pero si en verdad el escéptico modificase lo que entendemos por conocimiento, las premisas del argumento escéptico serían implausibles -como lo es la afirmación de que no hay médicos en Nueva York- y no habría ninguna razón para pensar que la conclusión que se infiere de ellas representa un problema para la epistemología, pues no dice nada sobre lo que normalmente se entiende por conocimiento.

Pero tampoco parece solucionar el problema una postura que sostenga lo contrario, es decir, que afirme que el argumento escéptico involucra la misma comprensión del conocimiento que se tiene en la vida cotidiana. Barry Stroud parece defender algo similar a eso y por ello enfrenta el problema de explicar por qué la conclusión parece ser falsa si es la consecuencia lógica de unas premisas que no se desvían en ningún sentido de las normas y requisitos ordinarios para el conocimiento.

Ante el fracaso de aquellas posturas se optó por estudiar la propuesta del contextualismo epistemológico, pues logra superar los problemas que enfrentan las posturas de Barry Stroud y Mark Kaplan. De hecho, se puede decir que en cierto modo el contextualismo evita esos problemas porque se ubica en un punto intermedio entre afirmar que el escéptico distorsiona el significado del verbo “saber” y negar que lo haga. El contextualismo implica un análisis semántico de dicho verbo que permite identificar, por un lado, una dimensión en el significado de “saber” que comparten el uso del escéptico y el uso ordinario, y por el otro, una dimensión que no comparten y que es sensible al contexto. Haciendo uso de la propuesta de los deícticos como modelo semántico del verbo “saber”, se puede entender la primera dimensión como su carácter y la segunda como su contenido (retomando la terminología de David Kaplan), lo cual permite explicar por qué en unos contextos es correcto decir que un sujeto que “sabe” que tiene manos, mientras que en otros no lo es.

Como se estudio en el tercer capítulo de este trabajo, la sensibilidad contextual del verbo “saber” implica que el valor de verdad de las oraciones de atribución de conocimiento depende de los estándares epistémicos que operan en el contexto de la emisión. Desde esta perspectiva el escéptico no distorsiona el significado de “saber”, sino que lo manipula generando un contexto en que los estándares epistémicos son tan altos que si se aplicasen en la vida cotidiana parecería que la mayoría de las adscripciones de conocimiento hechas en este otro contexto son falsas. Pero en el contexto de la vida ordinaria no se mencionan las premisas del argumento, así que los estándares epistémicos son más laxos y sí son verdaderas las adscripciones de conocimiento que no lo serían en el contexto del argumento escéptico. En este último contexto operan estándares epistémicos tan altos que una conclusión como la del escéptico resulta ser verdadera, pero puede parecer falsa si no se toma en cuenta el fenómeno de la sensibilidad contextual de las atribuciones de conocimiento y se juzga la conclusión escéptica bajo los estándares epistémicos de la vida ordinaria (lo cual se denomina “ceguera semántica”). De este modo, la respuesta contextualista logra explicar por qué la conclusión del argumento nos parece problemática y al mismo tiempo propone una solución que hace justicia a las prácticas ordinarias de atribución de conocimiento, por lo que es superior a la postura de Barry Stroud.

Al mismo tiempo la estrategia contextualista es superior a la postura de Mark Kaplan porque da cuenta de la plausibilidad de las premisas del argumento escéptico explicando los mecanismos conversacionales que emplea el escéptico para elevar los estándares de conocimiento y producir en el oyente la intuición de que las premisas son verdaderas. En el cuarto capítulo de este trabajo se explicó que DeRose da cuenta de la plausibilidad de la primer premisa del argumento escéptico mediante la Regla de la Sensibilidad y da cuenta de la plausibilidad de la segunda mediante la noción de Fuerza de la Posición Epistémica. Así que a diferencia de Kaplan, un contextualista como DeRose no afirma que el escéptico distorsione el significado del verbo “saber”, sino que argumenta que el escéptico se vale de ciertos mecanismos conversacionales para manipular los estándares epistémicos (que como se ha explicado en 4.1 no es lo mismo que distorsionar el significado del término), de manera que éstos se eleven haciendo que las premisas del escéptico sean plausibles y la conclusión resulte ser verdadera.

En suma, una respuesta contextualista como la que ofrece Keith DeRose cumple los objetivos que requiere una respuesta satisfactoria al problema de la paradoja de intuiciones generada por el argumento escéptico que aquí hemos estudiado, pues logra explicar cómo surgen las intuiciones que generan dicha paradoja y al mismo tiempo consigue salvaguardar la idea de que las prácticas ordinarias de atribución de conocimiento son generalmente correctas.

Es necesario enfatizar que a pesar de que se han mencionado algunos problemas que enfrenta el contextualismo (principalmente en la sección 3.2), el principal objetivo de este trabajo ha sido mostrar cómo esta teoría en principio parece tener las herramientas necesarias para resolver el problema del escepticismo entendido en los términos en que se planteó en el primer capítulo. Este trabajo no pretende defender el contextualismo de las críticas que ha recibido ni decidir si es una posición plenamente aceptable, eso sería materia de otro trabajo al igual que lo sería un examen detallado de las críticas que ha recibido y las respuestas que han ofrecido los contextualistas.

Bibliografía.

- Cappelen, H. y Lepore, E. (2003) “Context Shifting Arguments”, *Philosophical Perspectives 17: Language and Philosophical Linguistics*, 25-50.
- — (2005) *Insensitive Semantics*, Oxford: Basil Blackwell
- Cohen, S. (1988) “How to be a Fallibilist”, *Philosophical Perspectives, Volume 2*: 91-123.
- — (1999) “Contextualism, Skepticism, and the Structure of Reasons”, *Philosophical Perspectives 13: Epistemology*: 57-89.

- Braun, D. (1995) "What is character?", *Journal of Philosophical Logic*, 24: 227-240
- DeRose, K. (1992) "Contextualism and Knowledge Attributions", *Philosophy and Phenomenological Research*, 52: 913-929.
- — (1995). "Solving the Skeptical Problem", *The Philosophical Review*, 104(1), 1-52.
- — (1999) "Contextualism: An Explanation and Defense," En Greco y Sosa, *The Blackwell Guide to Epistemology*
- — (2002). "Assertion, knowledge and context", *Philosophical Review*, III: 167-2003
- — (2004) "The Problem with Subject Sensitive Invariantism", *Philosophy and Phenomenological Research*, 68: 346-350
- — (2005) "The Ordinary Language Basis for Contextualism and the New Invariantism", *The Philosophical Quarterly*, 55: 172-198.
- — (2006) "'Bamboozled by Our Own Words': Semantic Blindness and Some Arguments Against Contextualism", *Philosophy and Phenomenological Research*, 73: 316-338.
- Descartes, R. (1978) *Meditaciones metafísicas*, Espasa-Calpe: Madrid
- Dretske, F. (2005) "The case against closure.", en Steup, M., *Contemporary debates in epistemology*, Blackwell: Massachusetts
- Hambourger, R. (1987) "Justified Assertion and the Relativity of Knowledge", *Philosophical Studies*, 51: 241-269.
- Hawthorne, J. (2004) *Knowledge and Lotteries*, New York and Oxford: Oxford University Press.
- Kant, E. (1984) *Crítica de la razón pura*, Alfaguara: Madrid
- Kaplan, David. (1989) "Demonstratives." En Almong, Perry y Wettstein *Themes from Kaplan*, Oxford: Oxford University Press.
- Kaplan, Mark. (2000) "To what an epistemology must be true?", *Philosophy and phenomenological research*, 61: 279-304
- Lewis, D., (1996). "Elusive Knowledge", *Australasian Journal of Philosophy*, 74(4): 549-567.
- Moore, G.E. (1924) *The philosophy of G. E. Moore*, Northwestern University: Evanston
- Nozick, R. (1981). *Philosophical explanations*, Cambridge: Harvard University Press.
- Perry, J. (1997) "Indexicals and demonstratives." En Hale, B. y Wright, C., *A Companion to the Philosophy of Language*, Oxford: Blackwell
- — (2006) "Using indexicals." En Devit, M. y Hanley, R., *The Blackwell Guide to the Philosophy of Language*, Oxford: Blackwell
- Preyer, G. y Peter, G. (2005). *Contextualism in philosophy. Knowledge, meaning and truth*, (Oxford: Oxford University Press)
- Rysiew, P. (2001). "The context sensitivity of knowledge attributions", *Nous*, 35:477-514
- Schiffer, S. (1996). "Contextualist Solutions to Skepticism", *Proceedings of the Aristotelian Society*, 96: 317-333.
- Stanley, J. (2004) "On the Linguistic Basis for Contextualism", *Philosophical Studies*, 119-146.

- Stroud, B. (1991). *El escepticismo filosófico y su significación*, México: FCE
- — (1989). “Understanding human knowledge in general”, en Clay, M. y Lehrer, K., *Knowledge and Skepticism*, Boulder: Westview Press
- Williams, M. (1995) *Unnatural doubts: epistemological realism and the basis of skepticism*, Princeton: Princeton University Press
- Williamson, T. (2005). “Contextualism, subject-sensitive invariantism and knowledge of knowledge”, *Philosophical Quarterly*, 55: 213-35
- — (2001). ‘Comments on Williams’ “Contextualism, externalism and epistemic standards”’, *Philosophical Studies*, 103: 25-33
- Wright, C. (2005) “Contextualism and Skepticism: Even-Handedness, Factivity, and Surreptitiously Raising Standards,” *The Philosophical Quarterly*, 55: 236-62.